AUTOBIOGRAFIA

DE

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

5ª Edición

COPIADA TEXTUALMENTE
DE LA QUE DEJO MANUSCRITA ELLA MISMA
POR ORDEN DE SU DIRECTOR EL P. ROLIN, S.J.

TRADUCIDA POR EL PADRE

ANGEL SANCHEZ TERUEL

DE LA
COMPAÑIA DE JESUS

AUTOBIOGRAFIA

DE

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

Nihil obstat:
Dr. TOMAS SANCHEZ PEINADO
Penitenciario de la S.I.C.
Censor

Imprimatur:
Dr. JOSE MARIA GARCIA LAHIGUERA
Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá.
Vicario General

Todo los derechos de traducción y
y reproducción reservados en todos los países

ISBN: 84.7770-638-7
D.L.: Gr. 1761-2003
Impreso en España - Printed in Spain

1. Margarita escribe por obediencia

Por sólo vuestro amor es por lo que me someto a la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdón de mi resistencia a ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino Vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino Vos sólo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisiérais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones que había tomado para seguir la grande inclinación que siempre tuve de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque cuando ya había obtenido las promesas de las personas que, a mi parecer, podían contribuir a esto, y había quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habían dejado en mi poder, me fue comunicado este mandato.

¡Soberano Bien mío, haced que nada escriba sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusión!

2. Horror al pecado. Voto de castidad

Unico amor mío, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyendoos dueño y poseedor de mi corazón, aunque conocíais bien la resistencia que había de haceros!

No bien tuve conciencia de mí misma, hicisteis

ver a mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenían mi ligereza y me retraían de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacía, me sentía continuamente impulsada a decir estas palabras:

«Dios mío, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad». Un día las dije entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que de ordinario oía con las rodillas desnudas en tierra, por frío que hiciese (1). No comprendía lo que había hecho, ni lo que quería decir la palabra *voto,* ni tampoco esta otra, *castidad.*

Toda mi tendencia era ocultarme en algún bosque, y nada me detenía sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

3. Protección de la Santísima Virgen

La Santísima Virgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí; yo recurría a ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme a su Divino Hijo de modo alguno, sino siempre a Ella, a la cual ofrecía el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, o haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo cuantas Avemarías rezaba.

---

(1) Según la tradición, este voto se hizo en la capilla del castillo de Corcheval, donde la señora Fautières invitaba a veces a su ahijada. La casa solariega de los Alacoque distaba unos 5 kilómetros del castillo que existe aún.

4. Muerte de su padre: 1655

Perdí a mi padre niña aún; y como era la única hija (1), y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo, hasta la edad de unos ocho años y medio, sin más educación que la de los domésticos y campesinos.

5. Primera comunión, en las Clarisas de Charolles

Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon a la primera comunión cuando tenía unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que quería tomar parte en ellos con mis compañeras, sentía siempre algo que me separaba de allí y me impelía hacia algún rinconcito, sin dejarme reposar hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba a ponerme en oración, pero casi siempre postrada o con las rodillas desnudas en el suelo, o haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que, si fuese religiosa, llegaría a ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que a esto solo aspiraba.

---

(1) Su hermana mayor Gilberta, nacida en 1649, había muerto en 1655.

Aunque no eran, a mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocía otras, juzgaba que debía quedarme en su convento.

6. Larga enfermedad curada por la Santísima Virgen

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años.

No pudo hallarse, en definitiva, otro remedio a mis males que el de consagrarme con voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón, que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada a ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez, que estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dio tal reprensión, que aunque era aún muy niña, jamás se ha borrado de mi mente.

«Hija mía, me admiro de que me sirvas con tanta negligencia».

Tal impresión dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

7. Período de disipación

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar

mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mío!, no pensaba entonces lo que después me habéis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazón en el Calvario, no podía sostener la vida que me habíais concedido, sino con el alimento de la Cruz que sería mi manjar delicioso.

He aquí cómo pasó: Apenas comencé a gozar de plena salud, me fuí tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentían mi madre y mis hermanos me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar a ellas todo el tiempo que deseara. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mío, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los había hecho según mi propensión, naturalmente inclinada al placer; mas no según vuestros designios, tan diferentes de los míos.

8. Persecución doméstica

Mi madre se había despojado de su autoridad en casa para transmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos, ni ella ni yo, en más dura cautividad (1).

No es mi ánimo ofender a esas personas en cuanto voy a referir, ni creer que obrasen mal haciéndo-

---

(1) La señora confiando la administración y explotación de sus propiedades a su cuñado Toussaint Delaroche, había quedado reducida a la condición de "huéspeda" en la casa propiedad común de los Delaroche Alacoque.

me padecer (líbreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos de que se valía el Señor para cumplir su santa voluntad.

No teníamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni aún hallaba con qué vestirme para ir a Misa, si no pedía prestados cofia y vestido. Entonces fue cuando comencé a sentir mi cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacía, ni aun salía de casa, sin el permiso de tres personas. (1)

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigiron a buscar mi completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podía ir a ella sin el permiso de esas personas, y acontecía que cuando quería una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara que era porque habría dado cita a algunos jóvenes y sentía mucho no poder ir a su encuentro, bajo el pretexto de oír Misa o ir a la bendición del Santísimo. ¡Y yo que tenía en mi corazón un horror tan grande a todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos antes de abrigar tal pensamiento!

Esta fue la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino a un ángulo del jardín o del establo u otro lugar secreto en el cual pudiera arrodillarme y

---

(2) Estas tres personas, a quienes Margarita por caridad no cita por sus nombres, eran su abuela paterna Juana Delaroche, viuda de Claudio Alacoque; su tía paterna Benita Alacoque, casada con Toussaint Delaroche, y la madre de éste Toussaint, Benita Meulín, y tía abuela paterna de Margarita. A esta última le decía "la de Chappendye", del nombre de su pueblo.

derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la que había puesto toda mi confianza, permanecía allí días enteros sin comer ni beber.

Esto era lo ordinario; a veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasión un poco de leche o fruta hacia la tarde. Después, cuando volvía a casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecía ser una pobre criminal caminando a oír su sentencia; y antes que vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo a mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa. En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no había tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponía a trabajar con los criados. Después de esto, pasaba las noches, como había pasado el día, vertiendo lágrimas a los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada, que quería ser el dueño absoluto de mi corazón y hacerme en un todo conforme a su vida dolorosa, y a este fin quería constituirse Maestro mío, haciéndose presente a mi alma para obligarme a obrar como El en medio de sus crueles dolores, dándome a conocer que los había sufrido por mi amor.

9. Ecce Homo. Amor al sufrimiento

Quedó desde entonces tan impresionada mi alma, que desearía no cesasen ni por un momento mis

penas. Porque después le tenía siempre presente bajo la forma de un Crucifijo o de un Ecce-Homo llevando su cruz, lo cual imprimía en mí tal compasión y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecían ligeras comparadas con el deseo que sentía de sufrirlas para conformarme con mi Jesús paciente. Y me afligía al ver que aquellas manos que se levantaban a veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor.

Me sentía continuamente impulsada a prestar toda clase de servicios y obsequios a estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y a sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podía. Pero no era yo quien hacía todo lo que escribo, y escribiré bien a mi pesar, sino mi Soberano Maestro, que se había apoderado de mi voluntad y no me permitía quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni aun tolerar que me tuvieran lástima y compasión, diciéndome que El había obrado así, y quería que, cuando no pudiese impedir me hablasen de esto, les diese toda la razón y echase sobre mí la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecían otros muchos castigos.

10. Repugnancia de escribir su vida. El Señor le manda hacerlo

Mas en la extrema violencia que necesito hacerme para escribir esto, que había tenido siempre oculto con tanto cuidado y precaución para lo porvenir, aún procurando no conservar idea alguna en

mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le dí mis quejas por la grande repugnancia que sentía; pero El, fijando mi atención, me dijo:

«Prosigue, hija mía, prosigue, que ello ha de ser, ni más ni menos, a pesar de todas tus repugnancias es necesario que mi voluntad se cumpla».

Mas, ¡ay de mí, Dios mío! ¿cómo he de acordarme de lo que pasó hace ya cerca de veinticinco años?—.

«¿No sabes que soy la memoria eterna de mi Padre Celestial, que jamás olvida cosa alguna, y ante la cual lo pasado y lo futuro son como el presente? Escribe, pues, sin temor todo, según te lo dictare, que te prometo derramar en lo que escribas la unción de mi gracia, a fin de ser por este medio glorificado.

Primeramente quiero esto de tí, para hacerte ver que me gozo inutilizando todas las precauciones que te dejé tomar para ocultar la profusión de las gracias, con las cuales tuve el gusto de enriquecer a una tan pobre y débil criatura como tú, cuyo recuerdo jamás debes perder, a fin de rendirme por ellos continuas gracias.

En segundo lugar, para enseñarte que no te debes apropiar esas gracias, ni ser mezquina en distribuirlas a los demás, ya que he querido servirme de tu corazón como de un canal, con el fin de repartirlas, según mis designios, en las almas, muchas de las cuales serán retiradas por este medio del abismo de perdición, como te haré ver en adelante.

Y en tercer lugar, para hacer ver que soy la verdad eterna, que no puede mentir; que soy fiel a mis promesas, y que las gracias que te hice, pueden resistir todo género de exámenes y de pruebas».

Después de estas palabras me hallé tan fortalecida, que no obstante mi gran pena de que se lea este escrito, me resolví a continuar a toda costa para cumplir la voluntad de mi Soberano Maestro.

11. Enfermedad de su madre

La más áspera de mis cruces era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que la propias, si bien no le daba el consuelo de hablarme de ellas, temiendo ofender a Dios con el placer de comunicarnos nuestros sufrimientos. Pero en sus enfermedades era cuando mi dolor llegaba al extremo; porque entregada por completo a mis pobres cuidados y servicios, sufría mucho, tanto más, cuanto que a veces se hallaba todo cerrado con llave, y me era preciso ir a mendigar hasta los huevos y otras cosas necesarias a los enfermos. No era esto pequeña aflicción para mi natural tímido, aun pidiéndolo en casas de campesinos, pues me decían no pocas veces más de lo que hubiera deseado.

En una erisipela que tuvo en la cabeza, de una hinchazón, inflamación y dureza horribles, que la ponía a las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro

no podría vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, a no ser yo, que no sabía dónde acudir ni a quién dirigirme, sino a mi asilo ordinario, la Santísima Virgen y mi Soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibía sino burlas, injurias y acusaciones, no sabía dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido a Misa el día de la Circuncisión de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser El mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme a mí lo que debía hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que a mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi tan ancha como la palma de la mano, la cual despedía un hedor insoportable y nadie quería acercarse a la enferma. No sabía yo curar llagas, y antes ni aun podía verlas ni tocarlas; para ésta no tenía más ungüento que el de la Divina Providencia, y todos los días cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecía hallarse siempre presente, que al fin en pocos días se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades ni me acostaba ni apenas dormía; comía muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi Divino Maestro me consolaba, y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino a El en todo cuanto me pasaba, le decía: «Mi Soberano Maestro: si Vos no lo quisiérais, no sucedería esto; pero os doy gracias de haberlo permitido para hacerme semejante a Vos».

12. Atractivo por la oración

En medio de todas estas cosas, me sentía atraída tan fuertemente a la oración, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposición de aprender cómo había de hacerla, no teniendo trato ni conversación alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra: *oración,* que me arrebataba el alma.

Mas habiéndome dirigido a mi Soberano Maestro, me enseñó cómo quería que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacía postrar humildemente en su presencia para pedirle perdón de cuanto le había ofendido, y luego, después de haberle adorado, le ofrecía mi oración sin saber aún sobre qué había que hacerla. Entonces se me presentaba El mismo en el misterio en que quería le considarase, y atraía tan fuertemente mi espíritu, teniendo en El absortas mi alma y todas mi potencias, que no sentía distracción alguna, sino mi corazón consumido por el deseo de amarle, lo cual me producía una insaciable ansia de comulgar y sufrir.

Pero no sabía cómo arreglarme; no tenía más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible. y aunque esta ocupación me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenía por oración, y me sentía continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor que tan pronto como me enseñara, dedicaría a ella todo el tiempo disponible.

13. Amor al Santísimo Sacramento y deseo de la comunión

Sin embargo, su bondad me retenía con tanta fuerza en la ocupación dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podía rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia como un cirio ardiente para devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera el Santísimo Sacramento.

No juzgaba felices, ni envidiaba, sino a las que podían comulgar con frecuencia, y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor Sacramentado: bien es verdad que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacía sino negarle el honor debido. Procuraba ganar la amistad de las personas de quienes he hablado más arriba, a fin de obtener algunos momento libres para dedicarlos al Santísimo.

14. Su mayor falta

Me sucedía, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad, y como en alta voz decía el Párroco en su plática que no debían comulgar los que no habían dormido sin hacerlo antes (1),

(1) Esta creencia popular bastante extraña de que fuera necesario haber dormido antes de la misa del gallo para poder acercarse a comulgar en ella, por lo visto la compartía el párroco de Versosvres Antonio Alacoque

no pudiendo yo conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el día de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servían de único alimento y placer.

¡Mas también fui culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como también la falta que cometía usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer a las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo, que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo quería, y yo no alimentaba hacia ellas ningún descontento.

15. Confusión que experimenta al recordar este hecho

Pero, ¡ay de mí!, Señor mío, compadeceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusión que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo a ejecutarlo. Sostenedme, Dios mío, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás, con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdón de todas ellas y fuerzas

para terminar lo que de mí deseáis, no obstante la repugnancia que me haga sentir el amor propio.

16. Proyectos de casamiento

Reanudando mi narración, diré que a medida que crecía se aumentaban mis cruces. El diablo suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, los cuales me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho. Esto atraía mucha gente a casa, con quien me era preciso tratar, lo que me servía de no pequeño suplicio. Por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaban en este punto, llorando sin cesar y diciéndome que no tenía más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguía con tanto ímpetu mi corazón, que no me concedía momento de tregua, pues tenía siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba a faltar, sería castigada con horribles tormentos.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba y diciéndome que si me hacía religiosa, la mataría de pena, debiendo responder de ella a Dios, por estar completamente abandonada a mis cuidados y servicios.

Sentía un tormento insoportable, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme. Sufría con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo y me derre-

tía en lágrimas. No teniendo persona a quien descubrime, no sabía qué partido tomar.

Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó a sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era al hacerlo, bien podría obtener su dispensa.

Además de esto, temía mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podría ayunar, hacer limosnas ni tomar disciplina según mi deseo; que la vida religiosa pedía tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me sería imposible llegar a ella y me condenaría.

17. Lucha contra los halagos del mundo

Comencé, pues a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía. Pero Vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenía designios muy diversos de los que abrigaba mi corazón, me hicísteis conocer en ésta, como en otras muchas ocasiones, que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aún cuando mi malicia e infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas e industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus inspiraciones, fue todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte a parte y le consumían, dejándome como transida de dolor. Y no

siendo aún esto suficiente para hacer soltar su presa a un corazón tan ingrato como el mío, me sentía como ligada y arrastrada con cordeles con tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba a un sitio apartado, donde me hacía severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazón, que sufría persecuciones espantosas. Después de haberle pedido perdón con el rostro pegado a la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvía como antes, a mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbas reprensiones: que era mi vanidad quien le había reducido a tal estado; que perdía un tiempo tan precioso, del cual se me pediría una cuenta rigurosa a la hora de la muerte; que le hacía traición y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante a El. Estampábase todo esto tan profundamente en mi espíritu y abría tan dolorosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente, y me sería muy difícil expresar cuanto sufría y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruída, ni oído hablar de ella, no sabía sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacía practicar con su amorosa violencia.

18. Penitencias corporales

Para vengar de algún modo en mí misma las injurias que le hacía, y recuperar la semejanza y conformidad con El, aliviando así el dolor que me oprimía, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apenas podía respirar y comer. Dejábalas tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba a crecer encima, no podía extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedía con las cadenillas o cilicios de mis brazos, los cuales, al desprenderse, llevaban consigo el pedazo de carne viva. Después me acostaba sobre una ligera tablita o sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacía mi lecho para reposar un poco, y tomaba, además, una disciplina, procurando hallar algún remedio a los combates y tormentos interiores, en cuya comparación parecíame un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado antes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuían, todo esto, repito, lo tenía por un alivio al lado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacía tal violencia que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender a mi Dios me causaba aún mayor tormento que todo lo demás, porque me parecían mis pecados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies

para enterrar en su seno a una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los días, y sin embargo no podía hacerlo sino raras veces. Parecíanme santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabía acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacía verter muchas lágrimas.

19. Deseos de la vida religiosa

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos, sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se había constituído en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví a abrazarla a costa de cualquier sacrificio. Pero; ¡ay de mí! no pudo cumplirse mi deseo sino cuatro o cinco años más tarde, durante cuyo tiempo, redoblándose por todos lados mis penas y combates, procuraba redoblar también mis penitencias, según me lo permitía mi Divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome a la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega a ser santo. Hablábame así, porque le pedía en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leía otro libro que el de la *Vida de los Santos,* decíame al abrirle: me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba de desolación al ver que ofendía tanto a mi Dios; y pensaba que los santos no le habían ofendido como yo, o al

menos, que si algunos lo habían hecho, habían después pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardía en vivos deseos de hacerla; pero mi Divino Maestro me infundía tan gran temor de seguir mi propia voluntad, que desde entonces juzgué que nada le agradaría, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarle y de reglar por la obediencia todas mis acciones, pero no sabía cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Parecíame un crimen el decir que amaba a Dios, viendo a mis obras desmentir mis palabras.

20. Caridad hacia los pobres y enfermos

Le pedí me enseñase e hiciera ejecutar cuanto quería que practicase para agradarle y amarle. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno a los pobres, que habría querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasión tan tierna de sus miserias, que, a depender de mí, me hubiera quedado sin nada para aliviarlas. Cuando tenía dinero se lo daba a niños pobres, para obligarles a venir a mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y a tratar con Dios. Esto hacía que me siguieran, siendo tantos, a veces, que en invierno no sabía dónde colocarlos, a no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Mortificábame esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacía.

Llegaron a pensar que daba a los pobres cuanto podía coger pero no habría osado hacerlo, temerosa

de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mío, y aún no me atrevía a hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenía, a hacer caricias a mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedía muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecía tranquila, y después de un rato volvía a importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba a pedírselo también a los que conmigo vivían, lo cual era para mí un contínuo suplicio. Pero creía conveniente sujetarme a todos aquellos que me inspiraban mayor repugnancia, y obedecerles, para ver si podía ser religiosa.

Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dio tanta autoridad sobre mí, que no podía existir religiosa más sujeta. Más el ardiente deseo que sentía de amar a Dios me hacía superar todas las dificultades y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario a mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentía a ello, que me acusaba en la confesión, cuando ocurría, de no haber seguido estos impulsos.

Repugnábame en extremo ver llagas; pero me fue preciso ponerme, desde luego, a curarlas y besarlas para vencerme, y no sabía cómo arreglarme en esta operación. Mas mi Divino Maestro sabía suplir tan perfectamente todas mis ignorancias, que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más ungüento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

21. Reproches de Aquel que la escogió

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podía ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependía de mí para proporcionármelos; porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba a mi vista cual si acabase de ser azotado, me impedía tenerlo; pues me hacía estas reconvenciones, que llegaban a herirme el corazón:

> *«Y bien, ¿querrás gozar de este placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno y me entregué a todo género de amarguras por tu amor y por ganar tu corazón! ¿Y querrás ahora, sin embargo, disputármelo?».*

Tales palabras producían honda impresión en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada comprendía. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacía algún bien, era porque con tal fuerza me impulsaba a ello, que no podía resistir.

Este es el grande objeto de mi confusión en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querría poder dar a conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias a Dios y oposición a sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecía, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad a mi malicia y su amor a mis ingratitudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer a mi Soberano Libertador, que tan amoroso cuidado había tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un día en un abismo de estupor, viendo que tantos defectos e infidelidades como en mí hallaba no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo:

«Es porque deseo hacer de ti como un compuesto de mi amor y de mis misericordias.»

22. Cristo la confía al cuidado de su Madre Santísima

Y en otra ocasión me dijo:

«Te he elegido por esposa y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad. Soy Yo quien te movía a hacerlo, antes que el mundo tuviera parte alguna en tu corazón, porque lo quería enteramente puro y sin mancha alguna de aficiones terrenas y para conservármelo así quitaba toda la malicia de tu voluntad, a fin de que no pudiera corromperlo. Y después te confié al cuidado de mi Santa Madre, para que te formase según mis designios.»

Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurría en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal.

También hice voto, en este tiempo, de ayunar todos los sábados; de rezar, cuando supiese leer, el oficio de la Inmaculada Concepción, y de hacer siete genuflexiones todos los días de mi vida, rezando siete Avemarías para honrar sus siete dolores; me

ofrecí después por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña, como a mi buena madre, hacia la cual sentía desde entonces un amor verdaderamente tierno.

23. Combate interior: los suyos y el demonio

Me reprendió severamente cuando me vió de nuevo dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir a las persecuciones de mis parientes y a las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decía que a los veinte años debe una joven tomar estado, comencé a inclinarme a ese parecer.

Pues Satanás me decía continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser religiosa? Vas a convertirte en la risa del mundo, porque de ningún modo has de perseverar; ¡y qué confusión, dejar un hábito de religiosa y salir de un convento! ¿Dónde podrás después ocultarte?» Me deshacía en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenía un horror espantoso a los hombres (1) y no acertaba a resolverme; pero mi Divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo por fin piedad de mí.

---

(1) Margarita no era un ser desnaturalizado: amaba mucho a sus hermanos los hombres y era capaz de amar a un varón. Pero lo que ella afirma es su voluntad inconmovible de no querer pertenecer sino solamente a Dios.

24. Nuestro Señor le devuelve la paz

Un día, después de la comunión, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacía tantos años, de dónde me venía el querer romper con El toda amistad para unirme con otro.

«¡Oh! entiende que si me haces este desprecio, te abandono para siempre; pero si me eres fiel, no te dejaré jamás y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos. Excuso tu ignorancia, porque no me conoces aún; pero si permaneces fiel y me sigues, te enseñaré a conocerme y me manifestaré a ti».

Infundía con estas palabras tan grande calma en mi interior, y mi espíritu se halló en paz tan suma, que desde aquel momento me determiné a morir antes que cambiar. Me parecía entonces que mis lazos estaban rotos y que nada tenía que temer, pensando que aun cuando fuese la vida religiosa un purgatorio, me sería más dulce purificarme en ella el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces por mis grandes pecados y resistencias merecido.

25. A pesar de todo, religiosa

Estando, pues, decidida por la vida religiosa, el Divino Esposo de mi alma, temeroso de que me escapara aún de sus manos, me pidió que consintiera,

ya que soy débil, en que se apoderase e hiciese dueño de mi libertad. No puse obstáculo en dar el consentimiento, y desde entonces se apoderó tan fuertemente de mi albedrío, que no he gozado más de él en todo el resto de mi vida, y tanto se introdujo en mi corazón desde este momento, que, comenzando a comprenderle, renové mi voto. Le dije que, aun cuando me hubiese de costar mil vidas, no sería jamás otra cosa que monja, y me declaré resueltamente a la familia, suplicando se despidiera a todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran.

Viendo esto mi madre, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacía continuamente delante de todos los que le hablaban del asunto, los cuales no dejaban de venir después a decirme que sería la causa de su muerte, si la abandonaba, y que respondería de ello ante Dios, porque no tenía ella otra persona que le sirviese, y yo lo mismo podía ser religiosa después de su muerte que durante su vida.

Uno (1) de mis hermanos me quería mucho, e hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazón había llegado a ser insensible a todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, aún tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

---

(1) Crisóstomo Alacoque

26. Las Ursulinas de Macon quisieron conquistarla

Me enviaron a casa de uno de mis tíos, (1) que tenía una hija religiosa, (2) la cual, sabiendo que yo quería serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinación a la vida de las Ursulinas, le decía: «Considera que, si entro en tu convento, lo haré únicamente por amor tuyo, y lo que yo quiero es ir a uno donde no haya parientes, ni conocidos, a fin de ser religiosa por el amor de mi Dios.»

Con todo, como no sabía dónde tendría lugar esto, ni qué religión debía abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir aún a sus importunaciones, tanto más cuanto que amaba mucho a esta prima y se servía ella de la autoridad de mi tío, a quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decía que me amaba como a una de sus hijas, siendo éste el motivo de querer tenerme a su lado.

Y jamás quiso ya permitir a mi hermano volver a llevarme a casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona. Mi hermano, el cual todavía no había querido consentir en que fuera religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tío en todo esto, para encerrarme en Santa Ursula, a pesar suyo, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me

---

(1) Filiberto Lamyn, hermano de la señora Alacoque

(2) Sor Santa Columba, Ursulina de Macon.

impelían hasta queriendo obligarme a entrar, mayor era mi disgusto. Decíame una voz secreta:

«No te quiero ahí, sino en Santa María.»

27. Quieren desviarla de la Visitación

Entretanto, no se me dejaba ir a la Visitación, aunque había allí muchas parientas, y se me decían cosas capaces de desanimar a los espíritus más resueltos; pero cuanto más hacían por separarme de ellas, más las amaba y sentía crecer el deseo de entrar en aquel convento, a causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba a conocer era ésta la religión que buscaba.

Y viendo un día un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigía una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba sino como a mi buen Padre.

Pero no me atrevía a referir nada de esto, y no sabía cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podía verme libre de ellas.

28. Brusca llamada de su familia

Estando ya a punto de abrírseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obligó a partir inmediatamente para estar a su lado, sin que pudieran impedírmelo, aunque estaba deli-

cada, más que de enfermedad de pena por verme como forzada a entrar en un convento, a donde creía que no me llamaba Dios.

Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver a tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto: baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacía ver que no podía mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que respondería a Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me causaba crueles penas, por el tierno amor que le profesaba, y el demonio se servía de ello para hacerme creer que sería la causa de mi eterna condenación.

29. Imagen dolorosa

Por otra parte, mi Divino Maestro me instaba con tal fuerza a dejarlo todo para seguirle, que no tenía reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejarme a su vida de dolores, que cuanto sufría, me parecía nada; por lo cual redoblé mis penitencias.

Vez hubo en que, arrojándome a los pies de mi crucifijo, le dije:

«Querido Salvador mío, ¡cuán feliz sería si imprimiérais en mí vuestra imagen dolorosa!». Y El me respondió:

«Es lo que pretendo, con tal que no me hagas resistencia y cooperes por tu parte.»

Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me li-

gaba los dedos e introducía en ellos agujas; y además en cuaresma tomaba todos los días disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelación. Mas por mucho que la prolongase, apenas podía sacar sangre que ofrecer a mi buen Maestro en cambio de la que El había derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibía, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres días de carnaval, hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores a Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando a pan y agua, dando a los pobres lo que recibía para mi alimento.

30. Ansias de comulgar

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaría con frecuencia, pues no querían permitírmelo sino rara vez, y me hubiera creído la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos días, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentía allí con una seguridad tal, que aun siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurría desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunión sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, a causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había comulgado, ni siquiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar; ¡tan grandes eran la consolación y la paz de que gozaba!

Ocultábame cuanto podía para aprender a amar a mi Soberano Bien, el cual tan poderosamente me

estimulaba a devolverle amor por amor. Pero no creía poder amarle nunca por mucho que hiciera, si no aprendía a tener oración, pues no sabía sino lo que El me había enseñado, esto es, abandonarme a todos sus santos impulsos cuando podía encerrarme con El en algún lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el día con los criados, y luego, a la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto había hecho, capaz de satisfacer a los que vivían conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podía en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenía un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar a mi Divino Maestro de que temía no poder agradarle en todas mis acciones —en vista del exceso de propia voluntad, pues hacía las mortificaciones a mi gusto, y no era para mí estimable sino lo practicado por obediencia— «¡Ay de mí, Señor mío —le decía—: dadme alguno que me conduzca a Vos!»

«*¿No te basto Yo?* —me respondió—. *¿Qué temes? Una hijita tan amada como tú, ¿podrá perecer entre los brazos de un Padre Omnipotente?*».

31. Confesión con un Padre con motivo de un jubileo

No sabía qué cosa era la dirección; pero tenía gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese a casa un religioso de San Francisco y pasase

allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales (1).

Hacía más de quince días que tenía la mía escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasión, siempre me parecía no haber hecho lo suficiente a causa de mis grandes pecados. Me sentía penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertía lágrimas en abundancia, sino también hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos el estar tan ciega, que no las podía conocer, ni explicar lo enormes que eran. Esta era la causa de escribir cuantas podía encontrar en los libros que tratan de la confesión, poniendo a veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas. Pero decía entre mí: «Quizás las cometí y no lo conozca, ni lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, que sienta la confusión de decirlas, para satisfacer a la Divina Justicia.»

Bien es verdad que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado después por esta clase de confesiones, si mi Soberano Maestro no me hubiese asegurado que todo lo perdonaba a una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesión, en la cual este buen Padre me obligó a pasar muchas hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

---

(1) Fue el Jubileo concedido por Clemente X cuando su elevación al Pontificado en 1670. Fue concedido a la diócesis de Autun en 1671 y empezó el 22 de febrero, cuatro meses antes de la entrada de Margarita en la Visitación de Paray.

Esta confesión me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dio muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenía grandes temores por ser mi natural muy inclinado a ella, y pensaba que todo lo hacía por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, porque temía en gran manera el pecado, que arrojaba a Dios lejos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenía siempre en el mundo, haciendo ya cuatro o cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que después el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que prefería morir a cambiar, me prometió satisfacer mis deseos.

32. ¡Si entrara al convento de las Ursulinas!

En su consecuencia, marchó para tratar la cuestión de mi dote, a verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querían que fuese religiosa en aquel convento. No sabía yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí a la Santísima Virgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, a quien dirigí muchas plegarias. Hice también celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome:

«Nada temas; tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena madre.»

Tanto me tranquilizaron estas palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, a pesar de las oposiciones.

Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil francos; en ti está el disponer, como te plazca, de tus bienes, porque el asunto no está concluído.» Entonces le dije resueltamente: «Ni se concluirá nunca. Quiero ir a las Hijas de Sta. María, a un convento muy lejano, donde no haya ni parientas, ni conocidas, porque no quiero ser religiosa sino por amor de mi Dios. Quiero abandonar por completo el mundo, ocultándome en cualquier sitio retirado, para olvidarle y ser de él olvidada, y no volver a verle jamás.»

33. Elige la Visitación de Paray

Me propusieron muchos conventos, sin poder decidirme por ninguno; pero apenas se nombró a Paray, se dilató de gozo mi corazón, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita a las religiosas, con quienes viví a la edad de ocho años, y tuve que sostener todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perservar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron a prometer volver a su convento, si salía del otro; porque sabían bien —decían— que jamás podría acos-

tumbrarme a estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, antes se afirmaba más y más en su resolución, diciendo: «Es preciso morir o vencer.» Pero omito todos los demás combates que me vi obligada a sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.

34. Paray: "Aquí es donde te quiero"

No bien entré en el locutorio, oí interiormente estas palabras:

«Aquí es donde te quiero.»

En seguida dije a mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iría jamás a otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me había llevado allí sino para darme a conocer a las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no quise volverme a casa sin que todo estuviese concluído. Después de terminado, me parecía haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentía! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido decían: «¡Miradla, buenas trazas tiene de ser religiosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertía como nunca lo había hecho, por el gozo que tenía de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras:

---

(1) Esta primera visita de Margarita en el locutorio, se remonta al 25 de mayo de 1671.

«Mira, hija mía, si podrás hallar un padre apasionado de amor por su hijo único, que haya tenido jamás tanto cuidado de él, y podido darle testimonios de amor tan tiernos, como los que te he dado Yo y te quiero dar del mío, el cual ha tenido tanta paciencia y tomado tanto trabajo para educarte y amoldarte a mi manera desde la más tierna edad, esperándote con dulzura, sin mostrar repugnancia en medio de todas tus resistencias. Acuérdate, pues, de que si algún día te olvidas del reconocimiento que me debes, no refiriendo a Mí la gloria de todo, ése sería el medio de secar para ti este manantial inagotable de todo bien».

35. Margarita entra en el Monasterio: 20 de junio de 1671

Habiendo llegado, finalmente, el día tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazón, que estaba como insensible, tanto al cariño, como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecía ser como una esclava, que se encuentra libre de su prisión y de sus cadenas para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesión y gozar con toda libertad de la presencia de éste, de sus bienes y de su amor. Así se lo decía Jesús a mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabía alegar otro motivo de mi vocación de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que llegado el momento de entrar

(era un sábado), cuantas penas había padecido y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecía iba a separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *había el Señor roto el saco de mi cautiverio, y revestídome con su manto de alegría;* (1) y de tal manera me transportaba el gozo, que decía a gritos: «Aquí *es donde Dios me quiere.*»

Sentí inmediatamente todo esto esculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo: que cuantas en ella moraban debía ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligación de serlo a toda costa, y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse a todo sin reserva ni miramiento alguno. Asíme se me hacía suave cuanto se me presentaba de más áspero en los principios.

Todos los días, durante algún tiempo, me despertaban las siguientes palabras, que oía distintamente, pero sin comprenderlas: Dilexiti justitiam y el resto del versículo, otras veces: *Audi, filia, et vide, etc.*, y tambien éstas: «Has hallado tus senderos y tu camino, ¡oh mi Jerusalén, casa de Israel! mas el Señor te guiará en todas tus empresas, y no te abandonará jamás.» Repetía todo esto, sin comprenderlo, a mi buena Maestra, (2) a la cual, y también a mi Superiora, (3) miraba como a Jesucristo en la tierra. Y como ni sabía, ni

---

(1) Salmo 29, 12.

(2) Sor Ana Francisca Thouvant, Maestra de Novicias, originaria de Paray y primera novicia recibida en el Monasterio, en su fundación, en 1626. Más tarde sería Superiora.

(3) Madre Margarita Jerónima Hersant, profesa del Primer Monasterio de París. Gobernó el de Paray de 1666 a 1672.

había tenido jamás regla ni dirección, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecían oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debía temer cosa alguna, haciéndolo todo por obediencia.

36. La tela preparada

Pidiendo a mi Maestra que me enseñase a hacer oración, de la cual tenía grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa a la edad de veintitrés años, no supiese hacerla, pero después de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez:

«Id a colocaros delante de nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor.» Hubiera yo querido la explicación de lo que me decía por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo:

«Ven, que Yo te lo enseñaré.»

Y tan pronto como fui a la oración, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual quería trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio, hasta la consumación; que los imprimiría en mi alma después de haberla purificado de todas las manchas que le quedaban, sea de afición a las cosas terrenas, sea de amor a mí misma o a la criaturas, hacia las cuales tenía mi natural complaciente demasiada inclinación.

Me despojó en un momento de todo, y después

de haber dejado mi corazón vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguía, que no hallaba tiempo sino para pensar en cómo podría amarle crucificándome; y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

37. San Francisco de Sales modera su ardor por la penitencia

Aunque nada ocultaba a mi Maestra, tenía, sin embargo, el designio de dar más amplitud de la que era su intención a sus permisos, respecto a las penitencias. Y habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me reprendió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver a intentarlo. Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: «Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar a Dios traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?»

38. Toma de hábito: 25 de agosto de 1671

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas, ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome El la misericordia de aguijonearme continuamente para que llegase a esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dio a conocer mi Divino

Maestro que éste era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí y me imponían una doble obligación: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, a la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan excesivas fueron éstas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí y me volvían incapaz de hacer cosa alguna.

Hundíame esto en tal abismo de confusión, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser éste el espíritu de las Hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirían, si no me apartaba de todo.

39. Vanos esfuerzos para retenerla en la vía común

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolación, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fue inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oración y de aprender a hacerla, y que, a pesar de todos mis esfuerzos, me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precisión de volver siempre al de mi Divino Maestro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacía trabajar durante la oración. Después de lo cual iba a pedir permiso para volver a empezarla, y mi Maes-

tra me corregía ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacía, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolación de mi alma, antes bien, los sentía ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir a los puntos de la meditación por la mañana, y salir, después de oídos, a barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada ésta, se me pedía cuenta de mi oración, o más bien, de la que en mí y por mí hacia mi Soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la de obedecer, en lo cual sentía un placer sumo, por grandes que fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

Cuantas más contradicciones
encuentre en mi casto amor,
tanto más crece la llama
que el Bien Unico encendió

Que me aflijan noche y día
no me robarán mi Dios;
cuanto es más grande el tormento,
más me une a su Corazón.

40. Hambre de humillaciones y mortificaciones

Tenía un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentía vivamente mi sensibilidad natural.

Mi Divino Maestro me apretaba sin cesar a que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes,

pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponían, otras no esperadas y tan opuestas a mis inclinaciones, que me veía obligada, en el violento esfuerzo que debía hacerme, a decir a mi buen Maestro: «¡Ay de mí!, venid en mi ayuda, ya que Vos sois la causa.» Y El lo hacía diciéndome:

«Reconoce, pues, que nada puedes sin Mí; Yo no dejaré nunca de socorrerte, con tal que tengas siempre tu nada y tu debilidad abismadas en mi fortaleza.»

41. Una repugnancia natural combatida

No hablaré sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior a mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa.

Es una cosa hacia la cual tenía toda mi familia una aversión natural tan grande, (1) que al firmar el contrato de recepción exigió mi hermano que no se me obligara jamás a hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente.

Pues en eso me fue preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabía ya qué resolución tomar, tanto más, cuanto me parecía mil veces más fácil sacrificar mi propia

---

(1) Se trataba del queso. ¿Había por él una alergia familiar? En todo caso tanta repugnancia por algo tan ordinario en Francia como es el queso, pudo parecer, a quienes no sufrían esa repugnancia algo ridículo. Para ellos era una insignificancia; para la Santa no.

vida, y si no hubiera amado mi vocación más que mi existencia, habría entonces preferido abandonarla antes de resolverme a ejecutar lo exigido. Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano quería este sacrificio, del cual dependían otros muchos. Tres días estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasión, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocía desde luego la obligación de hacer lo que me decía, y después me faltaba el valor. Me moría de pena de no poder vencer mi natural repugnancia y le decía:

«¡Ay! ¡Por qué no me quitáis la vida antes que dejarme faltar a la obediencia!» Al oírlo me rechazó: «Id —dijo—, no sois digna de practicarla, y ahora os prohibo hacer lo que os mandaba.»

Esto me bastó. "Desde luego, —dije— «Es necesario morir o vencer» Me fui ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permanecí unas tres o cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí! ¿Me habéis abandonado, Dios mío? Y bien, ¿ha de haber aún reserva alguna en mi sacrificio, y no ha de ser del todo consumado en perfecto holocausto?»

Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de mi amor hacia El, como después me lo ha manifestado, se complacía en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolación ni otras armas que las palabras siguientes:

«Nada ha de negarse al amor»

Fui a arrojarme de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí había

deseado. Finalmente lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debía hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

42. Sobreabundancia de gracias después del vencimiento

Después de este sacrificio fue cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo inundaron mi alma, que me veía obligada a decir con frecuencia:

«Suspended, Dios mío, este torrente que me anega, o dilatad mi corazón para recibirlo.» Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podría convenientemente explicarlas.

43. Temores por su vocación. Jesús responde por ella

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi Profesión, diciéndome que se veía claramente que no era a propósito para adquirir el espíritu de la Visitación, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas a la ilusión y al engaño.

Representé al instante a mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Seréis, Señor mío, la causa de que se me despida?»

A lo cual me respondió:

«Di a tu Superiora (1) que no hay razón para temer el recibirte, pues Yo respondo de tí, y seré tu fiador si me juzga capaz de serlo.»

Habiendo dado cuenta de esto a mi Superiora, me ordenó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil a la santa religión por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad:

«Y bien, hija mía, todo esto te concedo, pues te haré más útil a la religión de lo que ella piensa; pero de una manera que aún no es conocida sino por Mí; y en adelante adaptaré mis gracias al espíritu de la regla, a la voluntad de tus Superioras y a tu debilidad, de suerte que has de tener por sospechoso cuanto te separe de la práctica exacta de la regla, la cual quiero que prefieras a todo. Además, me contento de que antepongas a la mía la voluntad de tus Superioras, cuando te prohiban ejecutar lo que te hubiere mandado. Déjales hacer cuanto quisieren de ti: Yo sabré hallar el medio de cumplir mis designios, aun por vías que parezcan opuestas y contrarias. No me reservo sino el dirigir tu interior y especialmente tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás le cederé a ningún otro.»

Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente

---

(1) La madre María Francisca de Saumaise, profesa del Monasterio de Dijon, elegida Superiora en Paray el día de la Ascensión de 1672.

se manifestaron, que no podían dudar de que procediesen de la verdad mis palabras, pues ni sentía turbación alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servían de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba y mirábalas como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer a la divina justicia.

44. Profesión religiosa: 6 de noviembre 1672

Conseguido el tan deseado bien de la Santa Profesión, en el día mismo que la hice, quiso mi Divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario.

Pero El me dijo:

«Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer, como hacen los niños con sus muñecos. (1) Es

(1) El muñeco para Margarita; la escoba para Bernardita; la pelota para Teresa de Lisieux, son otras tantas imágenes de la actitud del alma enteramente entregada al puro amor de Dios.

menester que te abandones así sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar mi contento a tus expensas; pero nada perderás en ello.»

Me prometió no alejarse de mi jamás, diciéndome:

«Está siempre pronta y dispuesta a recibirme, porque quiero en adelante hacer en ti mi morada, para conversar y entretenerme contigo.»

45. Misteriosa presencia del Divino Maestro

Desde este momento me favoreció con su divina presencia; pero de un modo cual no lo había experimentado hasta entonces, pues nunca había recibido una gracia tan grande, a juzgar por los efectos obrados siempre en mí desde este día. Le veía, le sentía cerca de mí y le oía mucho mejor que con los sentidos corporales, mediante los cuales hubiera podido distraerme para desviarme de El; pero a esto no podía poner obstáculo alguno, no teniendo en ello ninguna participación.

Me infundió un anonadamiento tan profundo que me sentí súbitamente como caída y perdida en el abismo de mi nada, del que no he podido ya salir por respeto y homenaje a esta infinita grandeza, ante la cual quería estar siempre postrada con el rostro en tierra o de rodillas. Hasta ahora lo he hecho, en cuanto mis ocupaciones y mi debilidad han podido permitírmelo, pues El no me dejaba reposar en una postura menos respetuosa y no me atrevía a sentarme, a no ser cuando me hallaba en presencia de alguna persona, por la consideración

de mi indignidad, la cual El me hacía ver tan grande, que no osaba presentarme a nadie sino con extraña confusión, y deseando que no se acordasen de mí, sino para despreciarme, humillarme e injuriarme, porque sólo eso merecía.

Gozaba tanto este Unico Amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgulloso, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en ocasiones de contradicción, de humillación y de abyección. Eran éstas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido El que me faltase, ni jamás me decía: «Basta». Antes al contrario, suplía El mismo la falta de parte de las criaturas o de mí misma; pero ¡Dios mío!, era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclábais Vos en ello, y sería demasiado larga mi explicación.

46. Las dos santidades de amor y de justicia

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo o un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único; otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos que producía esto en mí.

Diré sólamente que me hizo ver en El dos santidades: la una de amor, y la otra de justicia; ambas rigurosísimas a su manera y ambas se ejercerían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, a las cuales permitiría dirigirse a mí según su beneplácito. Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haría sentir todo

el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y

> «*particularmente* —me dijo— *de las almas que me están consagradas, por cuya causa te haré ver y sentir de aquí en adelante lo que te convendrá sufrir por mi amor.*»

Mas Vos, Dios mío, que conocéis mi ignorancia e impotencia para explicar cuanto ha pasado después entre vuestra Soberana Majestad y vuestra miserable e indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir algo de lo más inteligible y sensible, y capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable e indigno.

47. Resistencia a dejarse conducir por Dios

Mas como nada ocultaba a mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me afligió mucho y fue causa de no dejar género de resistencia que no hicese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu había adquirido tal imperio sobre el mío, que no podía ya disponer de éste, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenía absortas en El.

Me esforzaba cuanto podía por seguir el método de la oración, que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu. Por más

que leía los puntos de mi oración, se desvanecía todo y no me era posible entender ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi Divino Maestro. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatía contra El con todas mis fuerzas para sustraerme a su poder, que hacía inútil el mío.

Quejábame a El, diciéndole:

«Y bien, mi Soberano Maestro, ¿por qué no me dejáis el camino ordinario de las hijas de Santa María? ¿Me habéis traído a vuestra Santa Casa para perderme? Dad esas gracias extraordinarias a las almas escogidas, las cuales sabrán corresponderos y glorificaros mejor que yo, que sólo sé resistiros. No quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser una buena religiosa, que es todo cuanto deseo.»

Y El me respondió:

«Combatamos, hija mía, lo admito gustoso, y veremos quién conseguirá la victoria, si el Criador o la criatura, la fuerza o la debilidad, la Omnipotencia o la impotencia; pero el que sea vencedor, lo será para siempre.»

Púsome esto en una confusión extrema, durante la cual me dijo:

«Sabe que no me has ofendido con esas luchas y oposiciones que me has hecho por obediencia, por la cual di mi vida; pero quiero enseñarte que soy el dueño absoluto de mis dones y de

mis criaturas, y que nada podrá impedirme cumplir mis designios. Por lo cual no sólo quiero que hagas cuanto te mandan tus Superioras, sino más aún: que nada hagas de cuanto Yo te ordenare, sin su consentimiento; porque amo la obediencia y sin ella no se me puede agradar.»

Quedó con esto complacida mi Superiora y me ordenó abandonarme en brazos del divino poder, lo cual hice con grande gozo, y sintiendo súbitamente paz en mi alma, que estaba sufriendo una tiranía cruel.

48. Nuevo abandono querido por el Señor

Me pidió, después de comulgar, que le reiterase el sacrificio, ofrecido ya, de mi libertad y de todo mi ser; lo hice con toda mi alma, diciéndole:

«Con tal que no hagáis, mi Soberano Maestro, aparecer nunca en mí nada extraordinario, a no ser lo que pueda causarme mayor humillación y desprecio delante de las criaturas y destruirme en su estimación; pues, ¡ay de mí!, conozco, Dios mío, mi flaqueza, temo haceros traición y que no estén seguros en mí vuestros dones.»

«Nada temas, hija mía —me dijo—; *todo lo arreglaré, porque Yo mismo seré el custodio y te haré impotente para resistirme.»*

«¿Y qué, Dios mío, me dejaréis vivir siempre sin sufrir?»

49. La pura cruz. Tres deseos imperiosos

Se me mostró inmediatamente una gran cruz, cuya extremidad no podía ver; pero toda ella estaba cubierta de flores:

«*He ahí el lecho de mis castas esposas* —me dijo—, *donde te haré gustar las delicias de mi amor: poco a poco irán cayendo esas flores, y sólo te quedarán las espinas, ocultas ahora a causa de tu flaqueza, las cuales te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para soportar el sufrimiento.*»

Regocijáronme en extremo estas palabras, pensando que no habría jamás penas, humillaciones ni desprecios suficientes a extinguir mi ardiente sed de padecer, ni podría hallar yo mayor sufrimiento que la pena de no sufrir lo bastante, pues no dejaba de estimularme su amor de día ni de noche.

Pero me afligían las dulzuras: deseaba la cruz sin mezcla, y habría querido por esto ver siempre mi cuerpo agobiado por las austeridades y el trabajo. Tomaba de éste cuanto mis fuerzas podían soportar, porque no me era posible vivir un instante sin sufrimiento. Cuanto más sufría, más contentaba a la santidad de amor, la cual había encendido en mi corazón tres deseos, que me atormetaban incesantemente: el uno de sufrir, el otro de amarle, el tercero de morir para unirme con El.

50. Retiro para la Profesión. Amor a la cruz

No me cuidaba ya de tiempos ni de lugares, desde que me acompañaba a todas partes mi Soberano. Me hallaba indiferente para todas las disposiciones que acerca de mí pudieran tomarse: el estar bien segura de que El se había entregado a mí sin mérito alguno de mi parte y sólo por su pura bondad, y por consiguiente, nadie podría quitármelo, me hacía vivir contenta en todas partes.

Experimenté esto cuando se me obligó a hacer los ejercicios de mi Profesión guardando en el jardín una asnilla con su pollino, los cuales no poco ejercitaban mi paciencia, porque no se me permitía atarla, y se quería que la retuviese en un pequeño ángulo antes señalado, por temor de que causaran daño alguno, y no hacían sino correr. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Angelus* de la tarde, que iba a cenar, y aun después volvía al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darles su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupación, que no me sentiría inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedían cuantas carreras me era preciso dar.

Pues allí fue donde recibí tan grandes favores, cual nunca los había experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dio conocimiento acerca del misterio de su sagrada Pasión y muerte. Pero su descripción es un abismo, y la suprimo por no hacerme interminable. Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo,

alivio ni compasión, y morir con el Soberano de mi alma, agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios.

Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias a su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. El ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos a su paladar, que jamás dice: «Basta».

51. Exigencias de la santidad de Dios

Una vez me dio esta lección mi Divino Maestro, con motivo de una falta cometida por mí:

> «*Sabe* —me dijo— *que soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la más pequeña mancha. Por lo tanto, es preciso que andes en mi presencia con simplicidad de corazón e intención recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré a conocer que si el exceso de mi amor me ha movido a ser tu Maestro para enseñarte y formarte en mi manera y según mis designios, no puedo soportar las almas tibias y cobardes, y que, si soy manso para sufrir tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir tus infidelidades.*»

Bien me lo ha hecho experimentar durante mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad o de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre según su infinita bondad y misericordia.

Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparación nada me parecían los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente a pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

52. No quiere las obras hechas por propia voluntad

Lo que más severamente me reprendía, era las faltas de respeto y atención delante del Santísimo Sacramento, en particular en las horas de oración y del Oficio Divino, las de rectitud y pureza de intención en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y hulmidad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea a los Superiores, ya a las reglas; la menor réplica a los Superiores con señales de repugnancia le es insoportable en un alma religiosa.

«Te engañas —me decía— *creyendo que puedes agradarme con esa clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, hecha ya su elección, más bien que someterse, consigue doblegar la voluntad de las Superioras. ¡Oh!, sabe que rechazo todo eso como fruto corrompido por el propio querer, el cual en un alma religiosa me causa horror, y me gustaría más verla gonzando de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, que martirizándose con austeridades y ayunos por voluntad propia.»*

Y así cuando me ocurre hacer una de esas mortificaciones y penitencias por propia elección, sin orden suya o de mis Superioras, no me permite siquiera ofrecérselas, y me corrige imponiéndome la pena, como lo hace con las demás faltas, cada una de las cuales tiene la suya particular en este purgatorio, en que me purifica para hacerme menos indigna de su divina presencia, comunicación y operaciones; pues El es quien todo lo hace en mí.

Un día que tomaba disciplina, al terminar el *Ave maris stella,* que era el tiempo concedido para esto, me dijo:

> «*He ahí mi parte*», y prosiguiendo yo, «*He ahí la del demonio* —añadió— *lo que haces ahora.*»

Lo cual me hizo cesar al momento. Otra vez, tomándola por las almas del Purgatorio, desde el instante en que quise traspasar los límites permitidos, me rodearon éstas quejándose de que descargaba sobre ellas los golpes. Por esto me resolví a morir antes de traspasar, por poco que fuera, los límites de la obediencia; pues, después de todo, me obligaba a hacer penitencia por ello. Pero nada encontraba difífil, porque todavía en esa época tenía El anegado en las dulzuras de su amor todo el rigor de mis penas y sufrimientos. Pedíale con frecuencia que apartara de mí tales dulzuras, para dejarme gustar con placer las amarguras de sus angustias, abandonos, agonías, oprobios y demás tormentos; mas respondíame que debía someterme con indiferencia a todas sus varias disposiciones y nunca dictarle leyes:

> «*Yo te haré comprender en adelante que soy*

un sabio y prudente Director, y sé conducir sin peligro las almas, cuendo se abandonan a Mí, olvidándose de sí mismas.»

53. Primera manifestación del Corazón de Cristo: 27 de diciembre de 1673

Un día que me hallaba un poco más libre, pues las ocupaciones de la obediencia apenas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné a este Espíritu, entregando mi corazón a la fuerza de su amor.

Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que hasta entonces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que a juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, a pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

El me dijo: «*Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que*

te descubro, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía.»

4. La discípula predilecta del Sagrado Corazón

Me pidió después el corazón, y yo le supliqué ue lo tomase. Lo cogió e introdujo en su Corazón dorable, en el cual me lo mostró como un pequeño tomo, que se consumía en aquel horno encendido. Lo sacó de allí cual si fuera una llama ardiente en orma de corazón, y volvióle a poner en el sitio de donde lo había cogido, diciéndome:

«He ahí, mi muy amada, una preciosa prenda de mi amor, el cual encierra en tu pecho una pequeña centella de sus vivas llamas para que te sirva de corazón, y te consuma hasta el postrer momento. No se extinguirá su ardor, ni podrá encontrar refrigerio a no ser algún tanto en la sangría, cuya sangre marcaré de tal modo con mi cruz, que en vez de alivio te servirá de humillación y sufrimiento. Por esto quiero que la pidas con sencillez, ya para cumplir la regla, (1) ya para darte el consuelo de derramar tu sangre sobre la cruz de las humillaciones. Y por señal de no ser pura imaginación la grande gracia que acabo de

(1) Se recomienda en sus Constituciones a las religiosas de la Visitación, pedir, con confianza a la Superiora aquello que piensan les es necesario.

concederte, y sí el fundamento de todas las que te he de hacer aún, te quedará para siempre dolor de tu costado, aunque he cerrado Yo mismo la llaga; y si tú no te has dado hasta el presente otro nombre que el de "mi esclava", Yo te doy desde ahora el de "discípula muy querida" de mi Sagrado Corazón.»

Después de un favor tan grande, y que duró por tan largo espacio de tiempo, sin saber si estaba en el cielo o en la tierra, quedé por muchos días como abrasada toda y embriagada y tan fuera de mí, que no podía reponerme para hablar, sino haciéndome violencia; y era tanto lo que necesitaba violentarme para recrearme y comer, que llegaba al extremo de agotar mis fuerzas para sobreponerme a la pena, causándome esto una humillación profunda. Tampoco podía dormir, porque la llaga, cuyo dolor me es tan grato, engendra en mí tan vivos ardores, que me consume y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios que en mí sentía, que no me era posible explicárselo a mi Superiora, como lo habría deseado y hecho, no obstante la pena y confusión que me causaban semejantes favores, cuando los refiero, por mi grande indignidad, la cual me obligaba a elegir antes mil veces el publicar mis pecados en presencia de todo el mundo. Y hubiera experimentado una consolación grande si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesión general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupción,a fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.

55. Revelación de los primeros Viernes de mes

La gracia de que acabo de hablar, con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viernes de mes en esta forma: Se me representaba el Sagrado Corazón como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caían a plomo sobre mi corazón, el cual se sentía al instante abradado con tan vivo fuego, que parecía me iba a reducir a cenizas. Estos eran los momentos particularmente elegidos por el Maestro Divino para manifestarme lo que quería de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazón.

Una vez, entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi Divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse éste y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de donde procedían semejantes llamas.

Entonces fue cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su puro amor, y el exceso a que le había conducido el amor a los hombres, de los cuales no recibía sino ingratitudes y desprecios.

56. Margarita debe suplir la ingratitud de los hombres

«*Esto* —me dijo— *me es mucho más sensible que cuanto he sufrido en mi pasión: tanto, que si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad y repulsas. Mas tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo.*»

Y manifestándole mi impotencia, me respondió:

«*Toma, ahí tienes con qué suplir todo cuanto te falta.*»

Y al mismo tiempo se abrió el Divino Corazón, y salió de El una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella y no podía ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasión de mi flaqueza.

57. Peticiones de Jesús. Comunión frecuente, Hora Santa

«*Yo seré* —me dijo— *tu fuerza, nada temas; pero sé atenta a mi voz, y a cuanto te pido para disponerte al cumplimiento de mis designios. Primeramente, me recibirás sacramentado, siempre que te lo permita la obediencia, sean cuales fueren las mortificaciones y humillaciones que vengan sobre ti, las cuales debes aceptar como prendas de mi amor.*

También comulgarás todos los primeros viernes de cada mes, (1) y todas la noches de jueves a viernes te haré partícipe de la tristeza mortal que tuve a bien sentir en el Huerto de los Olivos. Esta tristeza te reducirá, sin poder tú comprenderlo, a una especie de agonía más dura de soportar que la muerte. A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre once y doce de la noche para postrarte conmigo, durante una hora, la faz en la tierra, ya para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia por los pecadores, ya para dulcificar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles, la cual me obligó a echarles en cara que no habían podido velar una hora conmigo; y durante esta hora harás lo que te enseñare.

Mas oye, hija mía, no creas ligeramente a todo espíritu, y no te fíes, porque Satanás rabia por engañarte. He aquí por qué no has de hacer nada sin la aprobación de los que te guían, a fin de que, teniendo el permiso de la obediencia, no pueda seducirte; pues no tiene poder alguno sobre los obedientes.»

58. Pruebas, humillaciones, enfermedades

Durante todo ese tiempo ni tenía conciencia de mí misma, ni aun sabía dónde estaba. Cuando vinie-

(1) "La Gran Promesa" de la comunión de los 9 primeros viernes de mes está en la carta 87 a la Madre Saumaise y en el Acta de Canonización.

ron a sacarme de allí, viendo que no podía hablar, ni aun sostenerme sino a duras penas, me condujeron a Nuestra Madre, (1) la cual, viéndome como enajenada, ardiendo toda, temblorosa y arrodillada a sus pies, me mortificó y humilló con todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increíbles. Pues me creía hasta tal punto criminal y tan llena de confusión estaba, que cualquier riguroso tratamiento a que se hubiera podido someterme, me habría parecido demasiado suave.

Después de haberle referido, aunque con extrema confusión, cuanto había pasado, recargó la dosis de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creía que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo le había dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego que me devoraba me produjo, desde luego, una fiebre grande y continua; pero tenía demasiado placer en sufrir para quejarme, o decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenía la fiebre hacía ya largo tiempo, y aún sufrí después más de sesenta accesos.

Jamás experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algún tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutría ni animaba este fuego devorador sino con la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar a la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

---

(1) La Madre Saumaise.

59. Visión de la Santísima Trinidad

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las Tres Personas de la adorable Trinidad, e hicieron sentir grandes consolaciones a mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entonces, diré solamente que, a mi parecer, el Eterno Padre, presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasión, me dijo:

> *«Toma, hija mía, te hago el mismo presente que a mi muy amado Hijo.» «Y Yo* —añadió mi Señor Jesucristo— *te clavaré en ella como lo fui yo mismo, y te haré fiel compañía.»*

La Tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que El, que no era más que amor, me consumiría allí purificándome.»

Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresión hecha en ella por las Divinas Personas. Se me presentaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entonces, como lo he comprendido después, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

60. Se le pide una prueba de sus revelaciones

Como se me ordenó pedir a nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oída. Pero se

me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conocería claramente si lo que en mí pasaba venía del Espíritu de Dios, y según esto se me permitiría después hacer cuanto El me había mandado, ya con respecto a la comunión de los primeros viernes de mes, ya en cuanto a la hora de vela en la noche del jueves al viernes, como El deseaba.

Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud. Pues me recreó con su presencia la Santísima Virgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y después de una visita bastante prolongada, me dijo:

> *«Anímate, mi querida hija, con la salud que te doy de parte de mi Divino Hijo, porque aún te resta que andar un camino largo y penoso, siempre sobre la cruz, traspasada por los clavos y las espinas y desgarrada por los azotes; pero no temas, no te abandonaré; te prometo mi protección.»*

Promesa cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades que de Ella he tenido después.

61. La santidad de Dios no tolera ninguna mancha

Mi Soberano Señor continuaba recreándome con su presencia actual y sensible, según me había prometido hacerlo siempre, como arriba dije; y en efecto, jamás me privó de ella por culpas que cometiese.

Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar la más ligera im-

perfección, no podía yo soportar ninguna en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia o de negligencia. Como, por otra parte, soy tan imperfecta y miserable que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el comparecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio al cual no me entregase antes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa.

Me sería mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

62. Nuestro Señor le muestra el cuadro de lo que es ella

En cierta ocasión me dejé llevar de algún movimiento de vanidad hablando de mí misma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos El y yo, con un semblante severo me reprendió, diciéndome:

> *«¿Qué tienes tú, polvo y ceniza, para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada? Y para que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que eres, voy a poner ese cuadro ante tus ojos.»*

Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa y tal horror de mí misma, que a no haberme El sostenido, hubiera

quedado pasmada de dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podía yo sufrirme a mí misma. Tal era el suplicio que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba a veces a decirle:

«¡Ay de mí! Dios mío, o haced que muera, u ocultadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirándole.»

Porque producía en mí impresiones de insoportable dolor, de odio y de venganza contra mí misma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores que me inspiraba, sufría lo indecible.

Mas como sabía que el Soberano Dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenía un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia; pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrigerio al lado de la que me imponía El mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenía por lo más puro y perfecto.

Me lo dio a conocer un día de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fue dicho:

«En la inocencia no hay manchado nada;
nada hay perdido en manos del Señor;
nada se muda en la feliz morada;
todo allí se consuma en el amor.»

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la explicación que recibí sobre estas palabras:

«En la inocencia nada hay manchado», es decir,

que no debía tolerar mancha alguna ni en mi alma, ni en mi corazón.

«Nada hay perdido en manos del Señor», es decir, que todo debía dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podía perder entregándoselo todo.

En cuanto a los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque todo allí es eterno, y se consuma en el amor.

Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué transportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida!

Estaba en Ejercicios y pasaba todo el día en estos placeres inexplicables, a cuya vista me parecía no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente a gozarlos. Pero me manifestaron que había echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

«En vano así tu corazón suspira
por ir, cual crees, a la eterna luz;
que nunca debe, quien al cielo aspira,
buscar otro camino que la cruz.»

A continuación de esto, puso ante mis ojos todo cuanto tendría yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entonces por la descripción, como lo he comprendido después por los efectos que se siguieron.

Bosquecillo de los avellanos

Relicario del cerebro de santa Margarita-María.

sr. Marguerite Marie Alacoque

Extracto del manuscrito de la autobiografía de Santa Margarita-María.

63. Dios le pide humildad y sinceridad en la confesión

Preparábame para hacer mi confesión anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi Divino Maestro me dijo:

«¿Por qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder, y Yo supliré lo demás que te falte. Pues nada pido tanto en este Sacramento, como un corazón contrito y humillado que con voluntad sincera de no desagradarme más, se acuse sin doblez. Entonces perdono sin tardanza, y se sigue de ahí una perfecta enmieda.»

64. Sus temores acerca del espíritu que la guía

Este Espíritu Soberano, que obraba en mí independientemente de mí misma, había adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aun corporal, que no dependía de mí mover en mi corazón afecto alguno de gozo o de tristeza, sino como a El le agradaba, ni tampoco dar ocupación a mi espíritu, pues no podía tener otra distinta de la que El le proponía.

Esto me ha hecho estar siempre con extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas que me guiaban, es decir, mis Superioras; pues no me habían dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo o desaprobarla con plena libertad.

Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme

del engaño en que creía efectivamente hallarme, me engolfaban aún más, tanto mis confesores, como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por El, y que, aun cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creía, no debía dejar de seguir sus impulsos.

65. La vestidura de la inocencia

Hice, pues, mi confesión anual, y terminada me parecía ver y sentirme despojar de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibía estas palabras:

«He aquí la estola de la inocencia, con la cual revisto tu alma, a fin de que no viva sino con la vida de un Hombre-Dios, es decir, que vivas como si no vivieses, dejándome vivir en ti, porque soy tu vida y no vivirás sino en Mí y por Mí. Quiero que obres como si no obrases, dejándome obrar en ti y por ti, abandonándome el cuidado de todo. No debes tener voluntad o debes conducirte como si no la tuvieras, dejándome querer por ti en todo y en todas partes.»

66. Vida feliz o crucificada

Una vez se me presentó este Unico Amor de mi al ma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores

y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimación de las criaturas, y otras cosas agradables a la naturaleza. En la otra mano traía otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Púsome delante las dos vidas y me dijo:

«Elige, hija mía, la que más te agradare; Yo te haré los mismos favores, ora elijas una, ora la otra.»

Me postré a sus pies para adorarle y le dije: «¡Oh Señor mío! Nada quiero sino a Vos mismo y la elección que Vos hagáis para mí.» Y después de haberme instado mucho para que eligiese: «Vos me bastáis, Dios mío; añadí: elegid para mí la que más haya de glorificaros, sin miramiento alguno a mis intereses y satisfacciones. Contentaos Vos mismo y esto me basta.»

Entonces me dijo que había elegido con Magdalena la mejor parte, y jamás me sería arrebatada, porque El sería para siempre mi herencia.

Y presentándome el cuadro de la crucifixión:

—He ahí —me dijo— *el que he elegido para ti y el que más me agrada, ya para el cumplimiento de mis designios, ya para hacerte semejante a Mí. El otro es el de una vida de gozos y no de méritos: es para la eternidad.»*

Acepté, pues, aquel cuadro de muerte y de crucifixión, besando la mano del que me lo alargaba. Aunque gimió la naturaleza, lo abracé con todo el

afecto de que era capaz mi corazón, y al apretarlo contra mi pecho, lo sentí impreso en mí con tal viveza, que no me parecía ser yo misma otra cosa, sino un compuesto de todo cuanto en él había visto representado.

67. Dios la conduce por medio de su Superiora

De tal modo me encontré cambiada en la disposición de mi espíritu, que no me conocía. Dejé, sin embargo, el juicio de todo a mi Superiora, a quien nada podía ocultar, ni tampoco omitir cosa alguna de cuantas me mandaba, con tal que me viniese ordenado inmediatamente por ella.

Pues el Espíritu que me poseía, me hacía sentir repugnancias espantosas, cuando en semejantes casos quería guiarme por el consejo de otras, porque me había prometido dar siempre a la Superiora la luz necesaria para guiarme según sus designios.

68. Dios permite a Satanás que la ponga a prueba

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondadd los recibía en la Santa Comunión y durante la noche, especialmente en la del jueves al viernes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás había pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones y abandonos, como el oro en el crisol, y El se lo había concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no quería que me diese jamás pena alguna en semejante

materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le había querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto a todas las otras tentaciones debía estar muy prevenida, especialmente contra las del orgullo, desesperación y gula, a la cual tenía yo más horror que a la muerte.

Me aseguró, sin embargo, que nada debía temer, porque El estaría como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiría por mí, me circundaría con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haría El mismo el precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior El se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de tí, ¡oh maldita!, y consigo tenerte una vez en mis manos, te daré bien a conocer lo que sé obrar; yo te dañaré en todo.»

Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo; ¡tan fortalecida me sentía en mi interior! Me parecía que no habría temido ni a todos los furores del infierno por la grande fuerza que sentía dentro de mí, debida a la virtud de un pequeño crucifijo, al cual había dado mi Soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furores infernales. Siempre lo llevaba sobre mi corazón de día y de noche, y recibí de El grandes socorros.

69. Satanás la ataca; su ángel la defiende

Se me asignó por ocupación la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fue preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Este me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y después se burlaba de mí riéndose a veces en mi misma cara. «¡Oh, torpe! —me decía—; jamás harás cosa de provecho.» Esto me ponía en tal tristeza y abatimiento, que no sabía qué hacerme; pues con frecuencia me quitaba el poder de decírselo a nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que éste se derramase, ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuantos lo presenciaron, creyeron que me había roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenía la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser también frecuentemente por él reprendida y corregida.

En cierta ocasión, que quise entrometerme a hablar del matrimonio de una parienta, me dio a conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaría su faz si volvía a mezclarme en esta clase de asuntos.

No podía él tolerar la menor inmodestia o falta de respeto en la presencia de mi Maestro Soberano, ante el cual le veía postrado en el suelo y quería que yo hiciese lo mismo. Lo hacía así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura

más agradable a mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme a mi nada. Jamás perdía ésta de vista y me sentía en ella abismada, ya me hallase entre penas o entre goces, sin que en éstos pudiera gustar de placer alguno.

70. El saludable pan de los sufrimientos

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podía hallar reposo más dulce que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos, y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podía dejarme sin penas, ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuía este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificación, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso.

No quería mi Soberano Maestro que dejase perder en esto ocasión alguna, y si me acontecía perderla, a causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacía pagar doblado. Cuando deseaba algo de mí, me constreñía a ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogía por todo lo más opuesto a mi natural y contrario a mis inclinaciones, y quería que avanzase siempre contra la corriente.

71. Dos actos heróicos de mortificación

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvía el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciendo: «Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, los inmolaría por sujetarme a Vos.» Hallé desde luego tantas delicias en esta acción, que habría deseado encontrar todos los días otras semejantes para aprender a vencerme sin otro testigo que Dios. Pero su bondad, a quien únicamente soy deudora de la fuerza con que me vencí, no dejó de significarme el placer que con ello había recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos o tres horas con la boca pegada a la llaga de su Sagrado Corazón. Me sería muy difícil explicar lo que entonces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazón y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar a conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No quería disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que El había tenido a bien sentir en el Huerto de los Olivos, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos.

Mas ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y El parecía a veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin El no podía obrar sino lo malo y dar continuas caídas sin poder levantarme. Entonces el soberano Bien de mi alma venía en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendía sus amorosos brazos, diciéndome:

«Conoce, al fin, con claridad que nada puedes sin Mí.»

Con esto me derretía en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentía conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados e infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecía combatir mis ingratitudes. Me las ponía a veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome a la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entonces lo inexplicable. Así se divertía con su indigna esclava este Divino Amor.

Un día, que había manifestado algo de la repugnancia que sentía mi corazón, sirviendo a una enferma de disentería, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi constreñida a ... (1).

72. Penoso sacrificio exigido por el Señor

«¡Oh, Señor mío! Lo hago para agradaros y ganar Vuestro Divino Corazón; espero que no me lo rehusaréis. ¡Mas cuánto no habéis hecho Vos, Señor mío, por ganar el de los hombres, y, sin embargo, os lo niegan y os arrojan de él con tanta frecuencia!»

«Es cierto, hija mía, que mi amor me ha hecho sacrificarlo todo por ellos, sin que nada me

---

(1) La delicadeza del mundo no podría soportar la relación que por obediencia hizo de esto nuestra Santa. Fue necesario que interviniera el mismo Señor para contenerla en el exceso de su mortificación.

devuelvan en cambio; pero quiero que suplas su ingratitud con los méritos de mi Sagrado Corazón. Yo te lo quiero dar, mas antes es menester que te constituyas su víctima de inmolación, para que por su medio apartes los castigos que la justicia divina de mi Padre, armada de cólera, quiere ejecutar en una comunidad religiosa, a la cual va a reprender y corregir llevado de su justo enojo.»

Me la dio a conocer al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habían irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entonces, y no tuve valor para ofrecerme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podía hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase a ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; más El me perseguía sin tregua y no me dejaba un momento de reposo. Yo me deshacía en lágrimas, y al fin me vi obligada a manifestárselo todo a mi Superiora (1), la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba.

Mas, Dios mío, entonces precisamente se redobló aún con mayor violencia mi pena, porque no tenía valor para decir el *sí*, y perseveraba en mi resistencia.

---

(1) La Madre Saumaise.

73. Por su resistencia se le exige un mayor sacrificio

La víspera de la Presentación (1) se me apareció la Divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que a San Pablo:

«Muy duro te es luchar contra los estímulos de mi justicia; pero,puesto que te has resistido tanto para evitar las humillaciones, que te convenía sufrieras en este sacrificio, te las daré duplicadas. No te pedía sino un sacrificio secreto; ahora lo quiero público, fuera de todo razonamiento humano en cuanto a la manera y tiempo, y acompañado de tan humillantes circunstancias, que te servirán de materia de confusión para el resto de tu vida ante ti misma y ante las criaturas, a fin de que comprendas lo que es resistir a Dios.»

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado; he aquí algunas cosas, pero no todo.

Después de la oración de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena, en un llanto y gemido continuos. Fui a hacer colación, pues era la víspera de la Presentación, y yendo, como arrastrada a viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida a llevar a cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba a conocer lo exigía de mí, que me vi precisada a salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entonces enferma.

---

(1) 20 de noviembre de 1677.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veía como una persona ligada de pies y manos, a la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresión de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenía delante de mis ojos la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignación, dispuesta a lanzarlos para sepultarme, así me parecía, en las abiertas fauces del infierno, que veía descubierto a mis pies y pronto a devorarme.

Sentíame abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podía decir más que estas palabras: «Dios mío, tened piedad de mí, según la grandeza de vuestra misericordia.» Pasaba el tiempo restante gimiendo bajo el peso de mi dolor; sin hallar medio de dirigirme al aposento de mi Superiora hasta eso de las ocho, en que habiéndome encontrado una Hermana, me condujo allá.

Grande fue la sorpresa de mi Superiora al verme en semejante disposición; yo no podía explicársela, mas creía, para aumento de mi pena, que bastaba verme para conocerlo, y no era así. La Superiora, que sabía no existir otro medio que gozara de todo poder sobre el espíritu que me tenía en tal estado, sino la sola obediencia, me mandó referir mi pena. Inmediatamente le dije el sacrificio que Dios quería hiciese de todo mi ser en presencia de la Comunidad, y el motivo por el cual me lo pedía. No expresaré tal motivo por temor de faltar a la santa cari-

dad y herir al mismo tiempo al Corazón de Jesucristo, en el que tiene su origen esta virtud; por lo cual no quiere que se la toque en lo más mínimo, bajo cualquier pretexto que pudiera alegarse.

74. Noche de agonía

En fin, después de decir y hacer cuanto mi Soberano deseaba de mí, se habló y se juzgó sobre esto de diferentes modos; pero dejo todas estas circunstancias a la misericordia de Dios. Creo poder asegurar que nunca había sufrido tanto: aun cuando hubieran podido reunirse todos los sufrimientos que hasta entonces había tenido, y todos cuantos he tenido después, y aun cuando todos ellos juntos hubieran sido continuos hasta la muerte, no los juzgaría comparables a los que padecí esta noche, en la cual quiso Nuestro Señor favorecer a su miserable esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasión, si bien no fue sino una pequeña partecilla. Se me llevó como arrastrada de una parte a otra, con espantosa confusión mía. (1)

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la Santa Misa, me pareció oír entonces estas palabras:

---

(1) La sospecha de la comunidad, que no podía dejar de caer sobre Margarita María, a la que veían tan rara (por la angustia e invitación entre decir y no decir la queja del Señor), estalló cuando la joven profesa reveló por fin lo que tenía Cristo contra las culpables, y eso estando enferma la Superiora. Pero éstas confesaron su falta y la virtud de la víctima terminó por ganarle la estima de todas.

«En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio que has llevado a cabo para rendir homanaje al que Yo hice en el instante de mi Encarnación en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por éste, a fin de aplicarle en favor de la caridad, como te lo había mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfación de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado a mi disposición en favor de la caridad. Así, pues, a imitación mía harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reinado de mi Sagrado Corazón en el de los hombres, a los cuales quiero manifestárselo por tu medio.»

75. Su aceptación para aplacar la Justicia Divina

Me dio mi Soberano estas santas instrucciones después de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentía una paz inalterable con la aceptación de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que debería padecer hasta el día del Juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó a mis propios ojos sino como un objeto de contradicción y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa veía venir de todas partes a caer sobre mí, sin recibir consolación alguna ni del cielo ni de la tierra. Todo parecía conjurarse para anonadarme. Se me hacían continuas preguntas, y las pocas palabras que en respuesta se me arracaban como por fuerza, no dejaban de ser-

vir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podía ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupación eran únicamente el permanecer postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenía completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedir misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo que por entonces tenía me causaba un tormento insoportable, suministrando continuas ocupaciones a mi cuerpo y a mi espíritu; pues, no obstante todas mis penas, no me permitía mi Soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, incluso todos los demás deberes y observancia de mis reglas, a los que me sentía arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu, ni vida tenía, sino para conocer y sentir cuanto acaecía que pudiera causarme dolor. Pero nada de esto me producía el menor movimiento de inquietud, ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducía siempre por la más opuesta a mi natural inmortificado y más contraria a mis inclinaciones.

76. El refectorio le es un lugar de tormento

Se notó que no comía; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora como mi Confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior a mis fuerzas, pero Aquel que no me dejaba faltar a ella en la necesi-

dad, me dio ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me veía obligada a ir después de la comida a devolver el alimento que había tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comía, después de habérseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera.

Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada a ir al refectorio como a un lugar de suplicio, a que me había condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaban, no podía evadirme de tomar lo que creía más ordinario, como lo más conforme a mi pobreza y a mi nada, las cuales continuamente me decían que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

77. La juzgan posesa

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa u obsesa y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas Aquél de que me sentía poseída, me estrechaba con mucha más fuerza contra sí, diciéndome:

«Amo el agua bendita y quiero tanto a la cruz, que no puedo menos de unirme estrecha-

mente con los que la llevan como Yo, y por mi amor.»

De tal modo reanimaron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecían todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual, en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable que sentía; aunque creo poder afirmar que no había parte alguna de mi ser, ni el cuerpo ni el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasión ni consolación alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiera sucumbido si, en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario, que me sostenía y combatía por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese a mi primer estado. Habiéndome, pues, presentado a El como hostia de inmolación, me dijo:

«Si, hija mía, vengo a tí como Soberano Sacrificador para darle nuevo vigor, a fin de inmolarte con nuevos suplicios.»

Lo hizo, y me encontré cambiada completamente, que me parecía ser una esclava a la que acabaran de volver a su libertad. Mas no duró esto mucho, porque se comenzó de nuevo a decirme que era el diablo el autor de cuanto pasaba conmigo, y me conduciría a la perdición si no andaba con cuidado con sus astucias e ilusiones.

78. Intenta sustraerse al espíritu que la conduce

Fue éste un golpe terrible para mí, que toda mi vida había estado con temor de ser engañada y de engañar a los demás, aunque sin pretenderlo. Me hacía esto derramar muchas lágrimas, porque no podía en manera alguna sustraerme al poder de este Espíritu Soberano que obraba en mí, y por mucho que pudiera esforzarme, era impotente para alejarle de mí, ni impedir sus operaciones. Porque de tal modo se había apoderado de todas la potencias de mi alma, que parecía estar en un abismo, donde más hundida me hallaba cuanto mayores esfuerzos hacía para salir. Aunque emplease todos los medios prescritos, todo era en vano.

A veces combatía con tal empeño, que quedaban agotadas todas mis fuerzas;

Pero mi Soberano se reía de todo esto y me daba tales seguridades, que disipaba desde luego todos mis temores diciéndome:

«¿Qué tienes que temer entre los brazos del Omnipotente? ¿«Podré dejarte perecer entregándote a tus enemigos, después de haberme constituido en Padre, Maestro y Director tuyo desde tu más tierna infancia, y haberte dado continuas pruebas de la amorosa ternura de mi Divino Corazón, en el cual también he fijado tu actual y eterna morada?

Para mayor seguridad, dime la prueba más convincente que deseas de mi amor, y te la daré. Pero ¿por qué luchas contra Mí, siendo Yo tu So-'o, Verdadero y Unico Amigo?».

Tales reprensiones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusión tan grandes, que me propuse desde aquel momento no contribuir jamás de modo alguno a las pruebas que se hicieran acerca del espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazón cuanto se quisiera hacer.

79. Nueva repugnancia a escribir su vida

Mi Señor y mi Dios, Vos, que sólo conocéis la pena que sufro en el cumplimiento de esta obediencia y la violencia que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusión que siento al escribir todas estas cosas, concededme la gracia de morir antes de escribir algo fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu, y haya de daros a Vos Gloria y a mí confusión.

Y por piedad, mi Soberano Bien, no sea esto leído jamás por persona alguna, sino sólo por aquél que, según vuestro beneplácito, lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mío, dad esta consolación a vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta a mi súplica:

> *«Abandónalo todo a mi santo beneplácito, y déjame cumplir mis designios sin mezclarte en nada, porque Yo tendré cuidado de todo.»*

Voy, pues, a continuar por obediencia. ¡Oh Dios mío!, sin otra pretensión que la de contentaros con esta especie de martirio que sufro escribiendo,

pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podáis ser así eternamente glorificado!

He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida a amar a mi Soberano Señor por amor de Sí mismo, no queriendo ni deseando sino a El solo, no me apegaba jamás a sus dones, por grandes que fuesen respecto a mí, ni los recibía sino porque venían de El, y fijaba en ellos la menor reflexión posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de El solo fuera del cual nada merece mi estimación.

Y así, cuando me fue preciso cumplir esta obediencia, creía serme imposible escribir cosas pasadas hacía ya tanto tiempo; pero El me ha dado a conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto a colocar en las mismas disposiciones de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

80. Jesús la envía al P. de la Colombière

En medio de mis penas y temores tenía siempre mi corazón en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy lejos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas.

Finalmente envió aquí Nuestro Señor al P. de la Colombière, al cual había yo asegurado desde el principio, que mi Soberano Maestro me prometió, poco después de haberme consagrado a El, que me enviaría un servidor suyo, a quien quería manifestase, según la inteligencia que sobre ello me daría, to-

dos los secretos de su Sagrado Corazón que El me había confiado; pues me lo enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazón, las cuales derramaría con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varón, y mientras hablaba a la Comunidad, oí interiormente estas palabras:

«He ahí al que te envío.»

Lo reconocí al instante en la primera confesión de Témporas, pues sin habernos visto ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazón, y viendo él que quería retirarme para no molestar a la Comunidad, me dijo que, si lo tenía a bien, vendría a verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquiva tales comunicaciones, a responderle que no pudiendo responder de mí, haría cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré después de haber estado allí como hora y media.

81. El Padre le hace estimar los dones de Dios

Poco tiempo después volvió, y aunque conocía yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias cuando me fue preciso ir, y esto fue lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasión de ha-

cer a Dios un sacrificio. Entonces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazón y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no había motivo alguno de temor en la conducta de este Espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y que debía seguir todas sus inspiraciones abandonándole todo mi ser, para sacrificarme e inmolarme según su beneplácito.

Admirando él que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó a estimar los dones divinos, a recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar con que me regalaba, y a dar por ello continuamente gracias a tan grande bondad. Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguía tan de cerca sin excepción de tiempo ni lugares, que no podía rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecía con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario, me dijo que no lo volviera a hacer jamás, debiendo contentarme con las preces de obligación, añadiendo el Rosario cuando pudiese.

Habiéndole hablado algo acerca de las caricias especiales y unión de amor que recibía del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenía en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no quería la Bondad Divina que recibiese consolación alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicación me las atrajo en gran número, y aun el mismo Padre tuvo mucho que sufrir

por mi causa, porque se hablaba de que quería engañarle con mis ilusiones e inducirle a error como a los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase también como los demás; pues a cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno de mortificarme y humillarme, con gran gusto mío.

82. El "puro amor une estos tres corazones para siempre"

Un día que vino a decir Misa en nuestra iglesia, le hizo Nuestro Señor, y a mí también, grandísimos favores. Al aproximarme a recibir la Sagrada Comunión, me mostró su Sagrado Corazón como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban a unirse y abismarse en El, diciéndome:

«Así es como une para siempre mi puro amor estos tres corazones.»

Y después me dio a conocer que esta unión era exclusivamente para la gloria de su Sagrado Corazón, cuyos tesoros quería descubriese yo al Padre, para que él los diera a conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto quería que fuésemos, como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad que había entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre miserable pecadora como yo, me dijo:

«Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán e igualarán todo: háblale sin temor.»

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir ésta y otras varias cosas que, en cuanto a él se referían, le dije de parte de mi Soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones que hubiera podido oir.

Y como le dijese que Nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, a las cuales había yo de distribuirlas, sea de palabra o por escrito, según El me diera a conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera o escribiera, pues El derramaría allí la unción de su gracia para producir el efecto que pretendía, en el corazón de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufría mucho por mi repugnancia en escribir y mandar ciertos billetes a personas de las cuales me venían grandes humillaciones, me mandó que, aún a pesar de las grandes penas y humillaciones que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que El me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara a la Superiora e hiciese después cuanto ella me ordenara. Hícelo así; y no han sido pocas las humillaciones que por esto he recibido de parte de las criaturas.

83. El Padre le ordena escribir

Me mandó, además, escribir cuanto en mí pasaba, a lo cual sentía una mortal repugnancia.

Escribía, pues, todo para obedecer, y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplía suficientemente la obediencia; pero sufría mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibición de hacerlo en adelante.

84. Testamento redactado el 31 de diciembre de 1678

Un día me pidió mi Soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo, por escrito, un testamento o donación entera y sin reserva, como lo había hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir y de todas las oraciones y bienes espirituales que se me aplicaran, ya durante mi vida, ya después de mi muerte.

Me hizo preguntase a mi Superiora si quería hacer de notario en este acto, que El se encargaba de pagárselo muy bien, y que si ésta se negaba, me dirigiera a su servidor el P. de la Colombière; pero aceptó mi Superiora.

Al presentárselo a este Único Amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo había ordenado porque quería disponer de aquello según sus designios y en favor de quien le agradase; mas que pues su amor me había despojado de todo, no quería tuviese otras riquezas sino las de su Corazón Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donación, mandándome escribirla con mi sangre y según su dictado. La firmé después sobre mi corazón, inscribiendo en él con un cortaplumas el sagrado nombre de Jesús. Hecho esto, me dijo que cuidaría de re-

compensar con el céntuplo el bien que me hicieran, como si a El mismo lo hiciesen ya que nada tenía yo que pretender por ello, y que quería dar a quien había escrito el testamento en su favor la misma recompensa que a Santa Clara de Montefalco, y para esto uniría a las acciones de aquélla los méritos infinitos de las suyas, y le haría por el amor de su Sagrado Corazón merecer la misma corona. Lo cual fue para mí una consolación grande pues la amaba mucho porque nutría abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificación y humillación, tan agradable al gusto de mi Soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillación todo el mundo. Dios también me concedía el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

85. Todo se me volvía humillación

Además, sufría mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual, por su misericordia, me sostenía siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones que me venían de las criaturas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y aun por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada a combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupación y trabajo exterior que podría sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí el

creer que todos me miraban con horror y que sufrían mucho conmigo, pues tenía yo mucho que hacer para soportarme.

Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenía otro recurso ni remedio, sino el amor a mi propia abyección, en la cual permanecía abismada con gran motivo; pues todo, aun las menores acciones, se me convertía en humillación. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones e imaginaciones, y entre tanto no me era permitido buscar alivio ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibía mi Divino Maestro. Quería que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

«Sufrir todo sin queja es mi querer;
mi puro amor impídeme el temer.»

Quería que lo esperase todo El, y si me acontecía desear el procurarme algún consuelo, por todo alivio hacía que no encontrara sino desolación y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso que de él he hecho siempre, volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearía derretirme de amor, reconocimiento y acción de gracias hacia mi Libertador.

86. Una perfecta copia de Jesús crucificado

Entre tales sentimientos, y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decía:

«¿Qué devolveré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios mío!, qué grande es vuestra bondad para conmigo, pues habéis tenido a bien hacerme comer en la mesa de los santos y de los mismos manjares con que los sustentáis, nutriéndome con abundancia con los alimentos deliciosos de vuestros favorecidos y amigos más fieles, a mí, que no soy sino una indigna y miserable pecadora».

«Bien sabéis, que sin el Santo Sacramento y la cruz no podría vivir y soportar mi largo destierro en este valle de lágrimas.»

Deseaba que jamás disminuyesen en él mis sufrimientos, pues cuanto más rendido estaba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo tenía mi espíritu y libertad para ocuparse en su unión con mi Jesús paciente, no teniendo más ardiente deseo que el de llegar a ser una verdadera y perfecta copia y representación de Jesús crucificado. Regocijábame cuando su soberana bondad empleaba multitud de obreros para trabajar a su gusto en el cumplimiento de esta obra.

Mas este Soberano no se separaba de su indigna víctima, cuya debilidad e impotencia para todo lo bueno tenía bien conocidas, y me decía alguna vez:

«Te honro mucho, mi querida hija, en servirme de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi Eterno Padre me entregó en manos de crueles y despiadados verdugos para crucificarme, y Yo, para crucificarte, me sirvo de personas dedicadas y consagradas a mi servicio, a cuyo poder te he entregado y por cuya salvación quiero que ofrezcas cuanto te han de hacer sufrir.»

Lo hacía con todo mi corazón, ofreciéndome a

soportar siempre todo el rigor del castigo merecido por la ofensa de Dios que pudiera haber en su conducta conmigo; aunque, a la verdad, no me parecía que se pudiera cometer injusticia alguna haciéndome padecer, no pudiendo hacerlo cuanto yo merezco.

Mas confieso que me deleita tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiría volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfacción en esta clase de discursos.

87. Cincuenta días sin beber...

En una ocasión me manifestó mi Soberano que quería llevarme a la soledad; no a la de un desierto como la suya, sino a la de su Sagrado Corazón, donde quería honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada; darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla, combatiendo valerosamente hasta la muerte, pues tenía que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debía ayunar a pan y agua cincuenta días.

Mas no habiendo querido permitírmelo la obediciencia por temor a la singularidad, me dio a conocer que le sería igualmente agradable si pasaba cincuenta días sin beber, en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres que había tenido siempre su Corazón y de la cual El había sufrido en el árbol de la cruz. Me fue concedido hacer esta penitencia, y

me pareció ser más dura que la anterior, a causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

88. Rudas tentaciones por parte del demonio

Sufrí durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperación, significándome que no debía pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenía en el amor de Dios, del que sería privada por una eternidad; lo cual me hacía verter torrentes de lágrimas.

Otras veces me atacaba por la vanagloria y después por la tentación abominable de la gula. Me hacía sentir hambres espantosas, y luego me traía representaciones de todo cuanto era capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refección; allí sentía súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento y apenas me levantaba de la mesa, tornaba a comenzar el hambre con más violencia que antes.

Mi Superiora, (1) a quien nada ocultaba de cuanto me sucedía, por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir a pedirle permiso para comer cuando me sintiese más

---

(1) La Madre Peronne-Rosalie Greyfié, profesa del primer Monasterio de Annecy. Fue Superiora en Paray de 1678 a 1684.

apretada por el hambre. Lo hacía así; pero con extrema violencia por la grande confusión que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme a comer, me mortificaba y humillaba poderosamente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Después yo permanecía en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero después que la interrumpí para obedecer, me obligaron a comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta días, y asimismo pasaba luego los viernes.

Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedía. Con obedecer estaba satisfecha.

89. Adoración en lugar del Rey

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le había prohibido tentarme mi Divino Maestro. En una ocasión, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id a ocupar el puesto de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento.»

Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abominables tentaciones de impureza, que me parecía estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora diciéndome que ya no volvería a representar la persona de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitación.

90. En las amarguras del Calvario

Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Soberano en cuanto deseaba de mí.

Quería que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaría mi sensibilidad y repugnancia del tal suerte, que no haría cosa alguna sino con pena y violencia, a fin de darme materia de triunfo aun en las cosas más pequeñas e indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este día. Añadió además que no habría para mí dulzura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haría encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podía constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertía en suplicio. Porque aun en esas ligeras recreaciones que alguna vez se nos conceden, sufría más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacía exclamar: «Soberano Bien mío, qué caro se me vende este placer.»

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximación de la hora me obligaba a gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fui allí sin repugnancias, que no podía vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me obligaba a caer de rodillas para pedir a Dios la fuerza necesaria para vencerme.

No me era menos penoso el escribir, no tanto porque lo hacía de rodillas, cuanto por la pena interior que me causaba el hacerlo.

La estima, las alabanzas y los aplausos me hacían sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas a las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veía forzada a decir:

«Dios mío, armad contra mí todos los furores del infierno; los prefiero a las lenguas de las criaturas armadas de vanas alabanzas, lisonjas y aplausos: vengan más bien a caer sobre mí todas las humillaciones, dolores, confusiones y contradicciones.»

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacía sentir en ocasiones con tal viveza, que no podía contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humilde y mortificada, que no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyección, el cual me movía a dar gracias a mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, a fin de anonadarme en la estimación de las criaturas.

91. Recibirlo todo como venido del Señor

Quería, además, que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debía abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y aun de mucho más; ofrecer mis penas por las personas

que me causaban aflicción; hablar siempre de El con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasión, y nunca de mí misma, o brevemente, o con desprecio, a no ser cuando para su gloria me hicera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria a su soberana grandeza, y a mí todo lo malo; no buscar consolación alguna fuera de El, y aún debía, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando a ellas; no apegarme a nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino a El, en El y por El; no mirar en todas las cosas más que a El y los intereses de su gloria, con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debía hacer por El todos mis actos, quería que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su Divino Corazón. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales El tendría cuidado de que no me faltasen, y yo debía por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, quería que le sacrificase cuanto me parecía mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibía además el juzgar, acusar y condenar a nadie sino a mí misma. Me enseñó otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debía abrigar ningún temor, pues El era un buen maestro, tan poderoso para hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. También puedo asegurar que de buen grado, o contra las repugnancias naturales, me obligaba a practicar cuanto quería.

92. La gran revelación del culto al Sagrado Corazón en junio de 1675

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de correponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo:

«No puedes darme mayor prueba que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido.»

Entonces, descubriendo su Divino Corazón:

«He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan.

Por esto te pido que sea dedicado el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, conmulgando ese día y reparando su honor por medio de un respetuoso ofrecimiento, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares.

Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influen-

cias de su divino amor sobre los que le rindan este honor y los que procuren que le sea tributado.»

93. Se dirige al P. de la Colombière

Y respondiendo que no sabía cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba hacía tanto tiempo, me ordenó dirigirme a su servidor, pues me lo había enviado para el cumplimiento de este designio.

Habiéndolo hecho así, me mandó escribir cuanto le había dicho en orden al Sagrado Corazón de Jesús y otras varias cosas que con él se relacionaban, para la gloria de Dios, el cual hizo que hallase suma consolación en este santo varón, ya porque me enseñó a corresponder a sus designios, ya porque me tranquilizó en medio de los grandes temores de ser engañada, que me hacían gemir sin cesar.

Al sacarle el Señor de este pueblo para emplearle en la conversión de los infieles (1), recibí el golpe con entera sumisión en la voluntad de aquel Dios que tanta utilidad me había proporcionado por su medio durante el corto tiempo que aquí estuvo. Y solamente una vez que quise reflexionar sobre esto, me dio inmediatamente esta reprensión:

«¿Y qué, no te basto Yo, que soy tu principio y tu fin?»

No me fue menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.

---

(1) El P. de la Colombière dejó Paray en 1676 fue enviado a Inglaterra, como predicador de S.A.R. la Duquesa de York, María Beatriz d'Este.

94. Fiesta de Santa Margarita: 20 de julio de 1685

No hallaba todavía medio alguno para dar principio a la devoción al Corazón Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasión que para ello me proporcionó su bondad:

Caía en viernes la fiesta de Santa Margarita, y pedí a mis hermanas novicias, cuya dirección tenía entonces a mi cargo, que todos los obsequios que tenían intención de hacerme para honrar mi santo, los hiciesen al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad, levantando un altarcito sobre el cual colocaron una pequeña imagen del Sagrado Corazón, dibujada a pluma en un papel, y le rendimos todos los homenajes que El mismo nos sugirió.

Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas también, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devoción nueva.

95. Pequeña fiesta del noviciado

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolación, y nada temía tanto como el que llegase a ser privado de los honores el Divino Corazón. Pues cuantas cosas oía decir sobre esto eran otras tantas espadas que atravesaban el mío. Se me prohibió colocar otra vez en público imagen alguna de este Corazón Sagrado, y decían que todo cuanto podía permitírseme era tributarle algún homenaje en secreto. (1)

---

(1) La Superiora entonces era la Madre María Cristina Melin, que gobernó el Monasterio de Paray de 1684 a 1690.

En mi aflicción no sabía a quien dirigirme sino a El, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar:

«Nada temas; Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quieran oponerse.»

Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

96. El despedir a la srta. Chamron le trae nuevas persecuciones

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufría en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecía haberse desencadenado contra mí todo el infierno y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás había gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prisión y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de la tierra, (1) cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginación de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para descubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo ni quería tanto como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegué a cansarme.

(1) El Cardenal Príncipe de Bouillon, Abad comendatario de Cluny, que residía entonces en Paray una parte del año.

97. Una palabra amorosa del Señor

Si me hubiera sido permitida la comunión frecuente, habría estado mi corazón satisfecho. Una vez que ardientemente la deseaba, se me puso delante mi Divino Maestro, cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo:

> *«Hija mía, he oído tus gemidos, y los deseos de tu corazón, me son tan agradables, que si no hubiera instituído mi Divino Sacramento de amor, le instituiría por amor tuyo, para tener el placer de alojarme en tu alma y tomar un reposo de amor en tu corazón.»*

Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentía mi alma completamente enajenada, y no podía explicarme sino con estas palabras:

«¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor de un Dios hacia una tan miserable criatura!»

Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijón poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

98. Alivio de un alma del purgatorio

En otra ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecía abrasarme con ella. El deplorable estado en que me dio a conocer se hallaba

en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas.

Me dijo que era el religioso benedictino que me había confesado una vez y me había mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse a mí para obtener de mí algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, después de haber obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era, ante todo, porque había preferido el interés propio a la gloria divina, por demasiado apego a su reputación; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero, por el exceso del afecto natural que había tenido a la criaturas y de las pruebas que de él les había dado en las conferencias espirituales, lo cual desagradaba mucho al Señor.

Muy difícil me sería el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba me parecía verle hecho un fuego, y con tan vivos dolores, que me veía obligada a gemir y llorar casi continuamente.

Movida de compasión mi Superiora me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas, porque las penas y sufrimientos exteriores que por caridad me hacían sufrir aliviaban mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir a estas pobres almas.

Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria, iba a gozar de su

eterna dicha, y dándome las gracias, me dijo que me protegería en la presencia de Dios.

Había caído enferma; pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

99. Otra alma amenazada de reprobación

Me dio a entender mi Soberano que cuando quisiera abandonar una de esas almas por las cuales deseaba que yo sufriese, me haría experimentar el estado de un alma réproba, dándome a sentir la desolación en que se encuentra a la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar.

Un día, estando sola en el trabajo, fue puesta ante mis ojos una religiosa, que aún vivía entonces, y se me dijo de una manera inteligible:

> *«Mira, he ahí esta religiosa solamente de nombre, a la cual estoy dispuesto a lanzar de mi corazón y abandonarla a sí misma.»*

Al instante me sentí presa de tan gran terror, que postrándome con el rostro en el suelo, permanecí largo tiempo de este modo sin poder volver en mí, y me ofrecí al mismo tiempo a la Divina Justicia para sufrir cuanto fuere de su agrado, a fin de que no la abandonase.

Me pareció entonces haberse tornado contra mí su justa cólera, y me hallé en espantosa agonía y desolación completa, pues sentía sobre mis espaldas un peso abrumador. Si quería alzar los ojos, veía a un Dios irritado conmigo y dispuesto a caer sobre

mí armado de varas y azotes; por otra parte, me parecía ver el infierno abierto para devorarme; en mi interior todo estaba revuelto y en desorden; mi enemigo me asediaba por todos los lados con tentaciones violentas, especialmente de desesperación, y yo huía en todos sentidos de ese Dios irritado que me perseguía, pues no hay género de tormento al cual no me hubiera entregado para librarme de él, y no me podía ocultar a sus miradas. Sufría una confusión espantosa creyendo que eran conocidas de todo el mundo mis penas.

No podía orar, ni desahogarme sino llorando. Decía solamente:

«¡Ah!, cuán terrible es caer en las manos de un Dios vivo.»

Y otras veces, arrojándome con el rostro en la tierra, exclamaba: «Herid, Dios mío, cortad, quemad, consumid cuanto os desagrade, y no perdonéis ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne, ni mi sangre, con tal que salvéis eternamente esta alma.»

100. Se ofrece a la cólera de Dios por los culpables

Confieso que no hubiera podido durar mucho tiempo en tan doloroso estado si no me hubiera sostenido su amorosa misericordia bajo los rigores de su justicia. Así es que caí enferma, y me costó mucho el restablecerme.

Con frecuencia me ha hecho mi Soberano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos que quería ejecutar en algunas almas, y me arrojé a sus sagrados pies diciéndole:

«¡Oh Salvador mío!, descargad sobre mí toda vuesta indignación, y borradme del libro de la vida antes de perder esas almas que tan caro os han costado.

Y me respondió:

«Pero no te aman, y no cesarán de afligirte.»

«No importa, Dios mío; con tal que os amen, no quiero cesar de suplicaros que las perdonéis.»

«Déjame obrar; ya no puedo sufrirlas.»

Y abrazándole más estrechamente aún:

«No, Señor mío, no os dejaré hasta que la hayáis perdonado.»

Y El me decía:

«Yo accedo gustoso, si tú quieres responder por ellas.»

«Sí, Dios mío; pero nunca os pagaré sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Sagrado Corazón.»

Con esto se dio por satisfecho.

101. El concierto de los Serafines "socios divinos"

Y otra vez, estando en la labor común de escardar lana, me retiré a un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde, trabajando arrodillada, me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazón de mi adorable Jesús más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su puro amor, rodeado de serafines que cantaban con admirable concierto:

«El amor triunfa; goza el amor;
placer derrama su Corazón.»

Me invitaron estos bienaventurados espíritus a unirme con ellos en los loores del Divino Corazón y no me atrevía; pero de nuevo me instaron, diciéndome: «que habían venido a asociarse a mí con objeto de tributarle un homenaje continuo de amor, de adoración y de alabanza, y a este fin harían mis veces delante del Santísimo Sacramento, para que yo pudiese, por su medio, amarle sin interrupción, y ellos, a su vez, participar de mi amor, sufriendo en mi persona como yo gozaría en la suya.» Escribieron, al mismo tiempo, esta Asociación en el Corazón Sagrado con letras de oro y con los caracteres indelebles del amor.

Duró esto de dos a tres horas, pero he sentido sus efectos durante toda mi vida, ya por los socorros recibidos, ya por las dulzuras que había producido y producía en mí, dejándome toda llena de confusión. Al dirigirles mis plegarias, no les daba otro nombre que el de mis divinos asociados. Me inspiró esta gracia tal deseo de la pureza de intención y me hizo concebir una idea tan alta de la que se debe tener para conversar con Dios, que todas las demás me parecen impuras para este objeto.

102. Obtiene la gracia de los Sacramentos para una moribunda

Otro día estaba una de nuestras hermanas sumida en un sueño letárgico (1), y se había perdido la esperanza de poderle administrar los últimos Sacramentos. Tenía esto en grandísima consternación a la Comunidad, especialmente a nuestra Madre, (2) y ésta me ordenó prometer a Nuestro Señor, para conseguirlo, todo cuanto le pluguiera darme a conocer que deseaba.

No había terminado aún el cumplimiento de esta obediencia, y ya el Soberano de mi alma me prometió que esta hermana no moriría sin recibir los auxilios que con razón deseábamos, si le prometía tres cosas, las cuales quería absolutamente de mí: la primera, no rechazar cargo alguno en la religión; la segunda, no rehusar ir al locutorio, y la tercera, no negarme a escribir.

A semejante petición confieso que se estremeció todo mi ser, por la grande repugnancia y aversión que para esto sentía.

Respondí:

«¡Oh Señor mío!, bien me atacáis por mi flaco; pero pediré permiso.» Me lo concedió al momento mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto,

---

(1) Se trataba de una hermana de hábito pequeño (educanda) criatura privilegiada, Antonieta Rosalía de Sennecè. Había hecho voto de castidad a los 7 años y contaba 13 cuando murió, el 26 de abril de 1684 después de haber pronunciado anticipadamente los votos de la religión, "in articulo mortis".

(2) La Madre Greyfié.

para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mí! ¡Cuántas infidelidades no he cometido! Pues no por eso me quitó la repugnancia que en ello sentía, la cual me ha durado toda la vida. Pero la hermana recibió los Sacramentos.

103. El santo Nombre de Jesús sobre su corazón

Para dar a conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un día, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme a ellos, algunos días antes, quise, por segunda vez grabar el santo nombre de Jesús en mi corazón. (1) Pero lo hice de modo que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho a mi Superiora la víspera del día en que debía retirarme a la soledad, me respondió que quería mandar ponerme algún remedio, por temor de que no degenerase en algún mal peligroso. Esto me hizo quejarme a Nuestro Señor:

«¡Oh mi Unico Amor! ¿Permitiréis que otros vean el mal que me he hecho por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme, Vos, que sois el soberano remedio de todos los males?»

En fin, movido por mi sentimiento de darlo a conocer, me prometió que al día siguiente estaría curada; y en efecto, lo hizo como me lo había prometido; pero no habiendo podido decírselo a Nuestra Madre, por no haberla encontrado, me envió ésta una esquelita, en la cual me decía que enseñase mi mal a la hermana que me la daba y ésta le aplicaría el remedio. (2)

(1) Era en otoño de 1679.

(2) Era Sor María Magdalena de Escures.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho a Nuestra Madre. Fui con este objeto a buscarla, y le dije que no había hecho lo ordenado en la esquela por estar ya curada. ¡Dios mío, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la obediencia, tanto ella como mi Soberano Maestro! Este me relegó a estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco días aproximadamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdón con penitencias continuas.

Y en cuanto a mi Superiora, me trató sin remisión en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la Sagrada Comunión lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado a muerte. Además, me obligó a mostrar mi mal a la hermana. Esta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusión.

Para mí todo esto no era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenía de haber desagradado a mi Soberano. En fin después de haberme hecho conocer cuánto le desagradaba la falta más pequeña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino El mismo en los últimos días de mi retiro a enjugar mis lágrimas y devolver a mi alma la vida.

Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenía bastante con pensar que le había desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en una alma religiosa, que confieso no haberlo aún hasta entonces

comprendido y me dijo que, en castigo de mi falta, el Sagrado Nombre, cuya inscripción tanto me había costado en memoria de mis sufrimientos al tomar el nombre de Jesús, no sería ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecían antes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

104. Se comprueba el "buen espíritu" que la guía

Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro días seguidos sin estar enferma. Una vez, estaba muy mal, y casi no se me entendía lo que hablaba; vino a verme Nuestra Madre a la mañana (1) y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, a saber: que tenía necesidad de asegurarse de si procedía del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses, sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venía, por el contrario, del espíritu del demonio o de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más cuanto que me había sido manifestado su contenido antes de leerlo.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba, para hacerlas sensibles y mortificativas a la naturaleza. Presenté el billete a mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me respondió:

---

(1) El 21 de diciembre de 1682.

«Te aseguro, hija mía, que para prueba del buen espíritu que te guía, hubiera concedido a tu Superiora tantos años de tu salud como meses me ha pedido, y además, todas cuantas seguridades hubiera querido pedirme.»

Y en el instante de la elevación del Santísimo Sacramento sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, (1) después del cual se me volvió al estado precedente.

105. En Ejercicios espirituales, a pesar de la fiebre. Curación

En una ocasión, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, (2) y me dijo: «Id; os entrego al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo. Que El os dirija, gobierne y cure según su voluntad.» Ahora bien; aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fui, sin embargo, muy contenta de practi-

---

(1) Es decir, hasta el 21 de diciembre de 1683. Al cabo de los cinco meses, en efecto la Madre Greyfié había ordenado a Margarita María pedir a Dios continuación de esta perfecta salud "hasta el año completo de esta primera obediencia".
(2) En otoño de 1681.

car esta obediencia, ya por tener ocasión de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendría El de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir o gozar. «Todo me viene bien —decía—; con tal que El esté contento y yo le ame, me basta.»

Mas apenas me hallé encerrada con El solo y postrada en tierra enteramente transida de dolor y de frío, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo:

«En fin, héte ahí toda mía y toda a mi cuidado; por esto quiero devolverte sana a los que te han puesto en mis manos enferma.»

Y me restituyó una salud tan completa, que no parecía haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabía todo lo sucedido.

106. Más gozo que aflicción en estos Ejercicios

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creía en un paraíso, por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi Santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, a causa de su extensión, los pormenores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo había mostrado al ver borrarse de mi corazón su Sagrado y Adorable Nombre después de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso El mismo, con el sello y el buril ente-

ramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo que dolor y aflicción me había causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podía vivir, ni gustar de placer alguno, ni aun celestial y divino, porque no tenía más delicias que las de verme semejante a mi pacientísimo Jesús. No pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores que la libertad, en que se me había dejado, me permitía. Y en efecto, se los hice bien experimentar tanto por las penitencias como por el método de vida y de reposo. Me había formado, de cascos de vasijas rotas, un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Quería hacer cierta penitencia que, por lo rigurosa, excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en El le deshonran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que quería entregarme sana a mi Superiora, quien me había confiado y remitido a sus cuidados, y así le agradaría más el sacrificio de mi deseo que la ejecución misma, porque siendo espíritu, quería sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

107. Corona de espinas sobre su cabeza

Yendo una mañana a comulgar, me pareció la

Sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo no podía soportar, y en medio de ella vi a Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual, poco después de haberle recibido, puso sobre mi cabeza, diciéndome:

«Recibe, hija mía, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada para tu conformidad Conmigo.»

No comprendí entonces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos, a saber: dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte que me pareció tener, desde entonces, todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarán sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias a Dios, que tan señalados favores ha hecho a su miserable víctima; mas, ¡ay de mí!, como lo repito con frecuencia, las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada a mi Soberano por esta corona preciosa que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes monarcas del mundo; tanto más, que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor.

No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, a imitación de mi Divino Maestro, que no podía reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles viendo en mí alguna conformidad con El. Y por este dolor quería que pidiese a Dios, su Padre, por el

mérito de su coronación de espinas, a la cual uniese yo la mía, la conversión de los pecadores y la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable e injuriosa.

108. Acepta la cruz de la enfermedad

Una vez, hacia el tiempo de carnaval, es decir como unas cinco semanas antes del Miércoles de Ceniza, El se me presentó después de comulgar bajo la figura de un *Ecce-Homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste, decía:

> *«¿No habrá nadie que tenga piedad de mí y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor viendo el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?»*

Postrándome a sus sagrados pies, me ofrecí a El con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso, comencé a comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan vivamente en mi corazón, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno a cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado —dije—, cuán detestable eres, por la injuria que haces a mi Soberano Bien!» Este me dio a conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con El, para hacerle fiel compañía participando en sus dolores, desprecios oprobios y otras injurias que sufría.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer de mí, y por mí, dejándome enclavar a su gusto con una enfermedad que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz y con agudísimos dolores, en los cuales no recibía otra señal de compasión sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas a la naturaleza. Pero ¡miserable de mí!, ¿qué podría sufrir yo que pudiera igualar a la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusión, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal y la gravedad de la culpa, que, por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa?

Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazón haber comenzado a sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos antes de haber llegado a tan miserable extremo, y esto aun cuando estuviera segura de que Dios, por su infinita bondad, me perdonaría sin entregarme a tales penas.

109. Sufrimientos en tiempo de carnaval

El estado de sufrimiento, del cual he hablado más arriba, me duraba, ordinariamente, todo aquel tiempo de carnaval, hasta el Miércoles de Ceniza. Parecía que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolación alguna, ni alivio que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me

sentía súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de Cuaresma.

Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores que con frecuencia creía, al comenzar un ejercicio, que no podría sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, después de concluído uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mío, concededme la gracia de poder llegar hasta el fin.» Y daba gracias a mi Soberano, porque medía así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

110. Jesús la colma de favores cuando ella quería sufrir

Cuando quería favorecerme con alguna nueva cruz, me disponía para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me hubiera sido imposible sobrellevarlas si hubieran continuado. En esta ocasión le decía: «Unico Amor mío, os sacrifico todos esos placeres. Guardadlos para las almas santas, las cuales os glorificarán más que yo; yo no quiero sino a Vos solo, enteramente desnudo sobre la cruz, donde deseo amaros a Vos solo por amor de Vos mismo. Quitadme, pues, todo lo demás, para que os ame sin mezcla de interés ni de placer.»

Y sucedía a veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacía en contrariar mis deseos, haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que lo uno y

lo otro venían de El y que cuantos favores me ha hecho ha sido por pura misericordia suya, pues jamás criatura humana alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenía de ser engañada. Y cien veces me he admirado de que, en vista de tanta resistencia, no me anonadase o hundiese en el abismo.

111. Terrible presencia de Dios cuando incurre en su desagrado

Mas, por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia este único amor de mi alma, como me lo ha prometido.

Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento que no me fuera más dulce y al cual no me sacrificara mil veces antes que soportar esta divina presencia y aparecer delante de la santidad de Dios teniendo el alma manchada con algún pecado.

En esas ocasiones bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos era inútiles, hallando en todas partes esa santidad, de que huía, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufría en mí sin ningún consuelo, ni deseo de buscarle.

Esto me obligaba a exclamar, a veces, en medio de mi dolorosa amargura: «¡Oh, cuán terrible es caer en manos de un Dios vivo!»

He ahí la manera que El tenía de purificarme de mis faltas, cuando no era yo bastante pronta y fiel en castigarme por ellas. Y nunca recibía gracia algu-

na particular de su bondad que no fuese precedida de esta clase de tormentos y sin sentirme, después de haberla recibido, arrojada y abismada en un purgatorio de humillaciones y confusión, donde sufría más de lo que puedo expresar.

Mas siempre conservaba una tranquilidad inalterable, pareciéndome que nada podría turbar la paz de mi alma, aunque estuviese frecuentemente agitada la parte inferior, ora por mis pasiones, ora por mi enemigo, quien hacía todos sus esfuerzos para conseguirlo, pues no hay cosa alguna sobre la cual tenga más poder,y en la que gane tanto, como en un alma turbada e inquieta; la hace su juguete y la vuelve incapaz de bien alguno.

SIGUENSE LAS CERTIFICACIONES DEL MANUSCRITO AUTOGRAFO

Certificado y verificado en 22 de julio de 1715. (1)

Suscrito:
Sor Ana Isabel de la Garde

Rubricado por Nos el 22 de julio de 1715.

Suscrito:
D. de Bansiere, Comisario
Chalon, Escribano

Nos, Protonotario Apostólico, Vicario General, Arcediano de Autun, hemos reconocido como autógrafo de la Beata Margarita María Alacoque esta biografía, escrita por ella misma por orden de sus Superiores. Se compone de 64 páginas. En fe de lo cual:

Paray, 26 de febrero de 1865.

Suscrito:
G. Bouange, Proton. Apost.
Vic. Gen. Arc.

Lugar del sello del Obispo.

Apéndice

Muerte de la Santa

Se encaminaba nuestra Santa a grandes pasos hacia las cimas de la santidad y se acercaba para ella la hora feliz «de ir a abismarse en el Corazón de Jesús.» Testimonio precioso y fidedigno de las cumbres en que moraba ya Santa Margarita, tres años antes de su muerte (1687), tiempo en el que pone fin a su autobiografía, es el que de su santidad nos ofrece el R.P. Rolin, S.J., el director de su alma por entonces. Dicho Padre había oído la confesión general que de toda su vida le había hecho la Santa en uno de sus ejercicios, y asegura haber estado tentado de hacérselo escribir y conservar, «con la esperanza de que un día se pudiera conocer la extrema pureza de esta esposa de Jesucristo y juzgar hasta dónde puede llegar la inocencia, la delicadeza y la sublime santidad de un alma que Dios ha gobernado y favorecido con sus más señaladas gracias desde la cuna.» Breve y verdadero panegírico de nuestra Santa.

Esta, entre tanto, presentía su próximo fin, al que hacía alusión algunas veces. «Es menester que yo muera —decía en alguna ocasión—, pues no soy ya sino un obstáculo para la devoción al Corazón de Jesús.» «Con seguridad moriré este año —decía otra vez—, para no impedir los grandes frutos que

mi Divino Salvador piensa conseguir de un libro de *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús.*» Sorprendido quedó al oírlo el R.P. Croiset, S.J., que en efecto trabajaba en esta obra, pero que no se lo había dicho a nadie.

La Santa iba a dejar la tierra; el fuego del amor divino mediante el sufrimiento y el sacrificio voluntario había consumido en esta hermosa alma todo cuanto pudiera quedar de humano e imperfecto, y a falta de combustible que consumir, decrecieron también los sufrimientos físicos y morales, que habían sido por tanto tiempo los compañeros inseparables de esta santa alma. De ello sacaba como consecuencia la proximidad de su muerte. «Seguramente moriré este año —decía—, pues ya no sufro nada.» Se preparó a este paso con un retiro de cuarenta días; deseaba examinar de dónde procedía aquel deseo vehemente que la hacía suspirar por el día feliz, y si sería feliz para ella, que se tenía por la mayor pecadora y la más indigna de los favores de Dios.

Cedemos al impulso de citar íntegras las últimas palabras que la Santa escribió y que se refieren a este retiro preparatorio para la muerte.

Dice así:

«Desde el día de Santa Magdalena me sentí extremadamente impulsada a reformar mi vida, para estar dispuesta a presentarme ante la santidad de Dios, cuya justicia es tan temible y tan impenetrables sus juicios.

Es menester, por lo tanto, que tenga siempre ajustadas mis cuentas, para no verme sorprendida; porque es cosa terrible caer a la hora de la muerte en las manos de un Dios vivo, cuando durante toda la

vida se ha separado un alma por la culpa de los brazos de un Dios moribundo. Me propuse, pues, para llevar a efecto una inspiración tan saludable, hacer un retiro interior en el Sagrado Corazón de Jesucristo.

Aguardo y espero todos los auxilios de gracia y misericordia que me serán necesarios, porque tengo en El toda mi confianza. El es el solo apoyo de mi esperanza, puesto que su excesiva bondad no me rechaza nunca cuando a El me dirijo; antes al contrario, parece gozarse en haber hallado una criatura tan pobre y miserable como yo, para llenar el abismo de mi indignidad con su abundancia infinita.

Será mi buena Madre la Santísima Virgen, y tendré por protectores a San José y a mi Santo Fundador. El buen P. de la Colombière será mi Director para enseñarme a cumplir los designios del Corazón adorable en conformidad con sus máximas.

El primer día de mis ejercicios, mi ocupación fue el pensar de dónde podría proceder este gran deseo de morir, pues no es ordinario en los criminales, como lo soy yo delante de Dios, desear comparecer en presencia de su Juez, y un Juez cuya santidad de justicia penetra hasta la médula de los huesos, a Quien nada puede ocultarse y que nada dejará impune. ¿Cómo, pues, alma mía, puedes sentir un gozo tan grande en la proximidad de la muerte? No piensas sino en terminar tu destierro, y estás enajenada de gozo con la idea de salir muy pronto de tu prisión. Pero, ¡ay de mí!, mira no sea que después de un gozo temporal, que quizá no proviene sino de ceguedad e ignorancia, te sumerjas en una eterna tristeza, y desde esta prisión mortal y transitoria cai-

gas en los calabozos eternos, donde no tiene lugar la esperanza de salir.

Dejemos, pues, alma mía, este deseo y este gozo de morir para las almas santas y fervorosas, para las cuales están preparadas tan grandes recompensas; pues en cuanto a mí no me dejan las obras de una criminal ver otro término que los eternos castigos, si no fuese Dios conmigo más misericordioso que justo. Y pensando cuál será tu suerte, ¡oh alma mía!, dime: ¿Podrás tú sufrir durante una eternidad la ausencia de Aquél a cuya posesión aspiras con tan ardientes deseos y cuya privación te hace presentir penas tan crueles?

¡Dios mío!, cuán difícil es de arreglar mi cuenta, pues he perdido tanto tiempo, y no sé como poderlo reparar! En la perplejidad en que me hallo de ordenar todas mis partidas y tenerlas siempre en disposición de ajustar cuentas, no he sabido a quien dirigirme sino a mi Adorable Maestro que por singular favor, ha querido encargarse de hacerlo. Así pues, le he remitido todos los capítulos por los que he de ser juzgada y recibir mi sentencia, a saber: nuestras Reglas, Constituciones y Directorio, según los cuales seré justificada o condenada. Una vez puestos ya en sus manos todos mis intereses, he sentido una paz admirable a sus pies, donde me ha tenido largo tiempo como enteramente perdida en el abismo de mi nada, esperando su sentencia acerca de esta miserable criminal.

El segundo día me fue presentado durante la oración, como en un cuadro, lo que había sido antes y lo que entonces era. ¡Pero, Dios mío, qué monstruo más deforme y más horrible a la vista! No veía bien alguno, sino tanto mal, que era para mí un tor-

mento el solo pensarlo. Todo parecía condenarme a un eterno suplicio, por el grande abuso de tantas gracias, a las cuales no he correspondido sino con infidelidades, ingratitudes y perfidias. ¡Oh Salvador mío, quién soy yo para haberme esperado a penitencia tanto tiempo; yo, que mil veces me expuse a ser arrojada en el abismo infernal por el exceso de mi malicia, y otras tantas lo habéis impedido Vos por vuestra infinita bondad! Seguid, pues, amable Salvador mío, ejerciéndola con tan miserable criatura.

Ya lo veis: acepto de buena voluntad todas las penas y suplicios que os plazca hacerme sufrir en esta vida y en la otra. Y tan grande es mi dolor de haberos ofendido, que querría haber pagado todas las penas merecidas por los pecados cometidos y por todos aquellos que hubiera llegado a cometer, a no haberme socorrido vuestra gracia. Sí, quisiera haber sido sumergida en todos esos tormentos rigurosos desde el instante en que comencé a pecar, y que me hubiesen servido de preservativo para no llegar a ofenderos tanto, aunque no encontrara más penas que obtener el perdón por amor de Vos mismo. No, nada excluyo en la venganza que a vuestra divina justicia pluguiere ejercer sobre esta criminal sino el que me abandonéis a mí misma, permitiendo mis nuevas recaídas en el pecado en castigo de los precedentes.

No me privéis, Dios mío, de amaros en la eternidad, por no haberos amado bastante en el tiempo. Por lo demás, haced de mí cuanto os agrade: os debo todo cuanto tengo y cuanto soy. Todo lo bueno que pudiera hacer, no serviría, a no ser por vuestra gracia, para reparar la más pequeña de mis culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi Divino Dueño; arro-

jadme a una prisión, consiento en ello, con tal que sea en la de vuestro Corazón Sagrado. Y cuando allí estuviere, tenedme bien cautiva y sujeta con las cadenas de vuestro amor, hasta que os haya pagado todo cuanto os debo; y como no podré hacerlo nunca, tampoco deseo salir de ella jamás.»

Llegaba, decimos, la Santa al fin de su carrera, y a las críticas y discusiones de que había sido objeto, había sucedido el más profundo entusiasmo. No sólo dentro de casa cortaban pedacitos de su hábito para conservarlos como reliquia, sino que religiosos y sacerdotes iban a Paray para tener la dicha de conversar con ella y salían gozosos diciendo: «Hemos visto a la Santa.» Hasta los obreros que trabajaban en el Monasterio esperaban la hora de la recreación, diciéndose unos a otros: «Veamos si podemos divisar a la Santa.»

Santa Margarita, por su parte, no piensa más que en ocultarse, en desaparecer, y cuanto más brillantes son las gracias que recibe, más crece en ella la sed de olvido, desprecio y humillación; desea morir «en el desprecio y olvido de las criaturas», y éstas son sus palabras a su Superiora: «Quiero permanecer envuelta y sepultada en el más eterno olvido», y para esto «le ruega le haga la gracia de quemar todos sus papeles, para que de tan gran pecadora no quede nada que pueda despertar su recuerdo después de su muerte».

Enamorada del sufrimiento, suplica en la intimidad de la confianza:

«Padre, ruego al Sagrado Corazón de Jesús me conceda la gracia de morir con El en la cruz, pobre, desconocida, despreciada y olvidada de

las criaturas, agobiada bajo el peso de toda clase de sufrimientos según su elección y deseo y no según el mío.»

Es indudable, ya lo hemos dicho, que la Santa tuvo conocimiento de la época de su muerte, contra el parecer de todos, en 1690 insistía dulcemente en que moriría «durante el año», y hasta indicó que sería cuando la Comunidad menos lo pensara, y nombró a las dos Hermanas en cuyos brazos exhalaría el último suspiro.

«*Carísima Hermana mía* —dijo la Santa a la Hermana Rosalía Verchère (la que jamás había visto morir a nadie), *tenéis miedo de morir; pues bien, estad cierta que moriré en vuestros brazos y los de nuestra Hermana Rosalía de Farges.»*

Llegó la época de los retiros anuales de las Religiosas del año 1690, y Margarita María se dispuso al suyo (el que había hecho anteriormente no la eximía del de Regla); la víspera se sintió mal; aquella misma tarde en que debía empezarlo fue atacada de un ligero acceso de fiebre. El doctor Billet, que la veneraba como una santa y solía decir que sus enfermedades eran ocasionadas por el amor divino y que la medicina era impotente para curarla, declaró, sin embargo que aquel malestar no era grave, que no moriría de esto y tranquilizó a la Comunidad. Insistió la Santa, pidiendo con instancia el Santo Viático o al menos que la dejasen comulgar, ya que estaba en ayunas. Accedieron a su petición y recibió este Divino Sacramento por su parte como Viático, sa-

biendo que lo recibía por última vez, y así se lo declaró poco después a su querida antigua novicia Hermana María Nicolasa de Farges, a la que llamaba «su San Luis Gonzaga».

Las que fueron testigos felices de esta postrera comunión de una santa, declararon como indescriptibles los ardores con que la vieron tender los brazos a su Amado, dándole gracias por haberse dignado venir hasta ella. Todas las que vieron el último día de su vida, admiraban el extraordinario gozo que reflejaba en su semblante.

«¡Ah, qué dicha es amar a Dios! ¡Amémosle, amémosle, pero que sea con toda perfección!»

Por un momento el temor de los juicios divinos la asaltó, y temblando besaba con humildad y ardor su crucifijo:

«¡Misericordia, Dios mío misericordia!».

Pero pronto volvió a sumergirse en el Corazón de Jesús y con ello volvió la paz, que ya no la abandonó.

Un último pensamiento de humildad y deseo de vida oculta vino a preocuparla. Llamó a la Hermana de Farges y le rogó quemara todo lo que quedaba de sus escritos, particularmente las Memorias escritas por orden del P. Rolin, su Director; la Hermana le insinuó con dulzura que sería más perfecto abandonarlo todo a la obediencia, y la Santa no insistió más.

Todo esto sucedía en el día y noche de 16 de octubre. El día 17, por la mañana, se sintio fatigosa y

volvió a pedir el Viático, pero el médico, llamado a toda prisa, volvió a declarar no había peligro por qué apurarse, que no se moría. «Ya lo veréis», replicó la Santa. Aumentó después su opresión de pecho, que le impedía estar echada y era preciso incorporarla y sostenerla para que pudiera respirar. Enajenada y como fuera de sí, repetía con frecuencia:

«¡Ay de mí, me abraso, me abraso! ¡Si fuera de amor divino, qué consuelo! ¡Pero jamás he sabido amar con amor perfecto a mi Dios!» Y dirigiéndose a las Hermanas que la sostenían, dijo: «Pedidle perdón por mí y amadle con todo vuestro corazón, para reparar todos los instantes en que yo no lo hice. ¡Qué dicha la de amar a Dios! ¡Ah, qué dicha! Amad, pues, a este Amor, pero amadle con amor perfecto.»

Tan bien grabada quedó esta lección suprema de la Santa en aquellas dos jóvenes Hermanas y tal participación de amor divino recibieron, que una de ellas, la Hermana Verchère, que apenas contaba veinticuatro años, hizo al día siguiente el voto de «lo más perfecto», y la Hermana de Farges emprendió el camino de la santidad con tal ardor, que la tenían por una «segunda Margarita María.»

Hacia las siete de la tarde, una ligera convulsión agitó sus miembros, y la Hermana María Nicolosa corrió en busca de la Superiora. *«Dejadla ir, que ya es tiempo»,* dijo la Santa a las que querían detenerla, creyendo se trataba de una crisis pasajera. La Superiora acudió en seguida y quiso viniera el médico:

«Madre mía —le dijo la moribunda—, *ya no*

necesito más que a Dios solo y abismarme en el Corazón de Jesucristo.»

Momentos después la Comunidad rodeaba su lecho sollozando; ella, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, las exhortó a amar a Dios sin reserva y pidió la Santa Unción. Al ver al Sacerdote, se incorporó y dos Hermanas se precipataron para sostenerla, impulsadas por el santo afecto que le profesaban: eran precisamente las Hermanas Verchère y de Farges, a quienes la Santa había predicho que moriría en sus brazos, lo que no pensaban entonces y sí se acordaron después, asegurándolo con juramento en sus declaraciones. A la cuarta unción expiró plácidamente, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús. Era el 17 de octubre de 1690, a la siete de la tarde; tenía la edad de cuarenta y tres años, dieciocho de profesión religiosa, quedando sus facciones con una expresión verdaderamente celestial. El médico, de rodillas junto al lecho, aseguraba que como había vivido sólo de amor, éste había sido la causa de su muerte.

«¡Ha muerto la Santa!» Esta fue la voz que corrió por todas partes, testimonio de la veneración que sus admirables virtudes habían inspirado, y todos pedían la gracia de verla por última vez. Colocada en el Coro, según la costumbre, durante dos días enteros no cesaron de tocar rosarios y otros objetos a lo despojos virginales de Margarita María para satisfacer la devoción de los fieles, y la que sólo ansiaba *«permanecer en el eterno olvido de las criaturas,»* es hoy conocida, honrada y venerada de

todos los pueblos y naciones; su figura humilde aparece ante nuestros ojos siempre a los pies de su Divino Dueño y Maestro; y mientras que la que como dulce «víctima» acompañó al Corazón Divino agonizante, y como fiel «discípula» aprendió sus divinas lecciones, y como ardiente «apóstol» transmitió al mundo el conocimiento de esta devoción salvadora, la Iglesia la ha sublimado al honor de los altares, y la que en vida fue para Jesús «un pequeño cielo», hoy ese Corazón generosísimo le concede la gloria de abismarla en su Divino Amor para ser su cielo por toda una eternidad.

Dios sea bendito